

56

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



EL EVANGELIO SEGÚN JESUCRISTO
UNA LECTURA PUERTAS ADENTRO

297083

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN LENGUA

Y LITERATURA HISPÁNICAS

PRESENTA:

MIGUEL RUBIO OSORNIO

DIRECTOR DE TESIS: Dr. FEDERICO ALVAREZ

2001





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE:

	PAG.
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	1
<i>PRÓLOGO</i>	3
<i>PARA PONERNOS EN CAMINO</i>	4
<i>EL DIOS DE DOLORES</i>	22
<i>JESUCRISTO</i>	42
<i>J. SARAMAGO Y EL CANON</i>	60
<i>EPISTEMOLOGÍA POPULAR</i>	79
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	97

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Dios por ser amigo, por ser Padre, por ser mi Madre y mis hermanos. Gracias por ayudarme a terminar y hacer posible este trabajo desde sus cimientos: El esfuerzo todo de mis padres, el trabajo siempre esperanzado de mi madre, sus horas de sueño y de fatiga dedicadas a brindarme la vida, a sembrar pacientemente esperando contra y a prueba de todo: sin el trabajo de mi madre, sobre todo de ella, yo no habría logrado nada. Esto no lo hice yo. Detrás de mis palabras, está un camino que ya estaba ahí antes de que yo fuera, un camino andado sin mí. Lo que tengo, lo he recibido, todo, hasta el propio esfuerzo. Estas páginas son el último de los pasos dados sobre aquel camino, camino que no me pertenece, pasos que no inicié. Gracias pues a mi madre por dejarse amar tanto por Dios y corresponder. Gracias porque no solamente me dio a luz cuando me trajo al mundo, sino todos los días de su vida con su ejemplo atestado de una rabia muy santa por la vida, por Cristo y por el Dios de Cristo.

Gracias a ese otro Cristo, a ese ángel enfermo de Dios, a mi queridísimo padre, a mi amigo incondicional hasta en el lecho de muerte, a Joaquín, a mi amado Joaquín Crespo, de incomparable y feliz memoria. Ese Jesuita tenía a su Papa Dios hasta en el cáncer; en todo me hizo nítido y transparentísimo el verdadero rostro del Padre. Joaquín fue un amigo terrible, pero el mejor de los amigos, un monstruo. Muchas gracias por su presencia en mi vida, porque se hizo indispensable. No hubo un día que yo llamara a su puerta y no me recibiera. Esta vez no fue la excepción; con él platicaré dentro de mi tesis; gracias. Joaquín nunca se enteró que mi madre lo llamaba: “el ratón”.

Gracias a Luis García Orso S.J. por tomar, con gusto y paciencia, la estafeta de Joaquín. A los dos les conocí igual: Estaban en el camino de Dios. Los ánimos, las sonrisas, los consejos, los abrazos, la instrucción y unos pocos kleenex son la cooperación de Luis a este trabajo. es decir, tampoco es poca cosa su amistad y su cariño. Espero su presencia el día de ponerme delante de los maestros en la Facultad. Él me conoció del otro lado de la vida: estará feliz de verme ahí. Gracias, querido Luis.

Le agradezco mucho a los sacerdotes: Javier Prado Galán, también de la compañía de Jesús, a Ricardo Martín del Campo, rector de la Pontificia Universidad de México y a Francisco Escobar, por haberme dedicado un poco de su tiempo para ser entrevistados. Su ayuda fue esencial para desarrollar mi plan de trabajo.

A su vez, doy las gracias al maestro Fede por ser tan paciente conmigo durante mi estancia en sus clases y en el tiempo que ha tenido a bien ser mi asesor. El maestro Fede me ha enseñado muchas cosas, una de ellas sumamente significativa: Creer en lo que escribo, darme cuenta de mí. El no se enteró de ello, pero sus comentarios surtieron efecto. Le debo un trabajo bien hecho; espero dárselo. Gracias Fede. A mis futuros sinodales, también gracias.

Miguel Rubio Osornio.

Prólogo

Esta tesis es una conversación ficticia en torno a una novela polémica de J. Saramago, *El evangelio según Jesucristo*. un diálogo íntimo entre Miguel, aspirante al título de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas. y Joaquín Crespo Garduño, de muy grato recuerdo, sacerdote de la Compañía de Jesús, quien también fue amigo mío y compañero profesor en las aulas de la Universidad Pontificia de México.

Al comentar la obra de J. Saramago, la voz de Joaquín estará constituida por otras voces: La primera y más importante de ellas es la de Javier Prado Galán S.J., profesor de Filosofía en la Universidad Iberoamericana; la segunda es la de un servidor, P. Ricardo Martín del Campo; la tercera es la voz del sacerdote Francisco Escobar y la última es la propia voz de Miguel, quien nos entrevistó a los tres con grabadora en mano, haciéndonos preguntas como las que se presentan en su trabajo. Con las tres voces, formó un solo discurso, una sola voz y, con la suya, generó los vasos comunicantes entre sus capítulos, la novela y nuestra opinión. Así, las relaciones específicas que establece Joaquín entre su punto de vista y el texto de J. Saramago, las asociaciones con los conceptos de *El evangelio según Jesucristo*, la selección y fusión de los diferentes discursos y en sí la concepción y organización de todo el trabajo, son obra de Miguel, lo cual es evidente desde mi punto de vista: él podrá probar eso. Nosotros realizamos los comentarios que tienen que ver con cuestiones, digamos, más generales, sin por eso renunciar a lo personal. La cinta donde están grabadas las tres entrevistas está a disposición. A su vez, hay, en las palabras de Joaquín, preguntas, respuestas y comentarios que jamás estuvieron en ninguna de las entrevistas. Lo anterior es lógico, pues, de cualquier forma, la voz de Joaquín no es de él; la esculpió Miguel. Por otra parte, en este trabajo también está el recuerdo que este amigo mío tiene de las palabras del Padre Joaquín, de su actitud, de su persona y de la relación entre ambos.

P. Ricardo Martín del Campo.

Para ponernos en camino

Sin el cristianismo, la humanidad constituye una reunión de seres bajos, egoístas, superiores al animal, sólo en que su egoísmo es más evolucionado.

(E. Renan)

Querido Joaquín:

Recibe, junto con estas líneas, un abrazo muy fuerte. Es un placer verdaderamente muy especial dirigirme a ti una vez más. Me he tardado en escribirte porque aún no tenía la autorización de mi asesor de tesis para realizar mi trabajo tal y como te lo había propuesto con anterioridad. Ya tenemos luz verde: Manos a la obra.

Estoy muy feliz, pues será muy grato para mí que al final de estas páginas para iniciar el camino y de cada uno de los restantes capítulos, me respondas algunas preguntas, diciéndome todo cuanto quieras acerca del tema tratado, pero eso sí, sin pensar que esto ha de ser leído por alguien más. Tú y yo vamos a comentar *El evangelio según Jesucristo* de José Saramago, así, en un intercambio entre amigos, valorando la obra puertas adentro sin ningún cuidado por lo que se pueda pensar de nuestras palabras. Tomemos ejemplo de Saramago. Te ruego no te limites en tus comentarios. Yo sé muy bien que no caerás en el juego de lo bueno y lo malo: puedes expresar lo que gustes. Por otra parte, ya comentamos en su momento que es más bien ocioso abordar la novela por el lado de los dogmas: Dictando línea nada se adelanta. Es costumbre escuchar un dogma, ponerse en su contra como algo que cae rígido, pesado, como algo que aplasta verticalmente desde la autoridad romana y darse la vuelta. Se ignora casi siempre el aspecto vital de los dogmas. Nosotros necesitamos dialogar, no descalificar, aunque descalificados me temo que ya lo estamos y mucho. No cometeremos un error de actitud o de ceguera, como el que cometió Acción Nacional en Tijuana, y de otros, al prohibir la novela saramaica. Por tanto, jugar será también necesario e indispensable. Todo lo dicho desde estas mismas líneas tiene un porqué bien justificado. Creo que tanto tu formación como tu corazón de jesuita te dan la apertura y la conciencia necesarias para expresar, con valor, lo que te parezca justo.

Te doy las gracias anticipadamente por todos tus comentarios. Espero estar a la altura con mis reflexiones y mis críticas. Evidentemente, tú enriquecerás este trabajo. Sabes bien que he optado por una tesis así porque los temas de los que hablaremos me apasionan, me dan alientos y me empujan a ser nuevo. Confío no se me dificulte en demasía el entender tus razonamientos. Nuestros temas, como ya te lo había dicho, son: **El Dios del dolor, Jesucristo, Saramago y el canon** y, finalmente, **Una epistemología popular**, los cuales nos permitirán realizar un trabajo de

titulación poco tedioso y más entretenido. Al menos, no vamos a fastidiar a los lectores obligados de estas páginas. Como ya lo habrás imaginado, criticar a un escritor tan genial, a ese monstruo que es J. Saramago, no va a ser sencillo: él es un moderno Escriba, un moderno maestro de la ley. ¿Cómo podría (mos) decir esto o aquello así nada más, tratándose del mismísimo Premio Nóbel? No he dejado de preguntarme qué hubiera pasado si yo hubiese escrito (en buena hora) una novela de estas dimensiones. ¿Habría sido lo mismo? No lo creo. Lo mismo sucede con estas palabras; si alguien con prestigio las dijera, otra sería su suerte.

Adentrémonos. Como recordarás, esta tesis, por el abanico tan amplio que despliega la novela de J. Saramago y por la variedad de paradigmas en los cuales se le puede ubicar, podría haber tenido un título así: *El sueño de Cristo desde la perspectiva freudiana. Un enfoque psicoanalítico del evangelio saramaico*. O bien: *El evangelio según Jesucristo y la culpa en el inconsciente colectivo de la humanidad. El germen judeo-cristiano de la culpa*, títulos muy barrocos que resultarían una verdadera golosina para quienes se apasionan con estos temas, aunque habría sido una muy grande injusticia aplastar a los personajes con un aparato tan pesadamente anacrónico del cual ni noticias tenían como sucede con frecuencia hoy en día. Si personas tan prudentes hubieran tenido tal información seguramente habrían actuado con más recato para no dar de que hablar a la siempre inquieta opinión pública.

Adentrémonos más. Tú, mejor que yo, puedes darte cuenta de cómo este evangelio surge en una cultura permeada por la corta duración con la que se conciben sus valores, es decir, estos *otros* valores son una especie de valores virtuales; son los *compromisos inciertos*, los cuales se definen siempre en contra de aquellos identificados con la tradición. El mismo autor lo dice: "Siempre llega *un día* en el que la verdad se vuelva mentira y la

mentira verdad”¹, lo cual pone muy de manifiesto una de las opciones de análisis para esta obra: ¿Qué es la verdad? Por otra parte, deberíamos contemplar cuánto podría tardar *ese día* en llegar, porque decir un día es como decir tarde o temprano, eso podría ser mucho o poco, larga o corta duración, ¿cómo saberlo? Con estas incertidumbres, hasta la validez del premio Nóbel estaría en peligro, como la hierba del campo que hoy es y mañana se echa al horno. Así, en nuestros días, sobrevive un mundo de sospechas, que son, sin más, las vestimentas comunes en este nuevo proceso civilizatorio, en el cual no sólo el Dios de Cristo, abiertamente vapuleado por los intelectuales contemporáneos, sino también los “otros dioses”, han entrado en esta nueva subasta religiosa del mejor postor y de lo más cómodo. Estos dioses se mudaron del antiguo Olimpo a la Babilonia electrónica, donde nuestro Dios lucha titánicamente contra ellos, batalla de la cual, no porque se de sólo ahí, Saramago está muy atento². Pienso, Joaquín, que a este respecto son muy reveladoras las palabras de María Zambrano³:

Una cultura depende de la calidad de sus dioses de la configuración que lo divino haya tomado frente al hombre, de la relación declarada y de la encubierta, de todo lo que permite se haga en su nombre y, aún más, de la contienda entre el hombre, su adorador, y esa realidad, de la exigencia y de la gracia que el alma humana, a través de la imagen divina, se otorga a sí misma.

Aquí el problema, en el evangelio de J. Saramago y en sí en nuestra cultura, no está en dicha dependencia, sino en la relación ausente; en el fondo no hay declaraciones, ni velos. Nosotros mismos, como creyentes, no pocas veces asistimos a misas light, a las homilias de la conformidad y de la monótona pesadumbre ¿Será Joaquín, como dice E.M. Cioran⁴, que tenemos delante la prueba definitiva de que la eternidad nunca será para nosotros más que una palabra y una nostalgia?

¹José Saramago. *El evangelio según Jesucristo*. Trad. de Basilio Losada. México, Ed. Alfaguara. 1998. p.261.

²*Ibidem*. p. 426.

³María Zambrano. *El hombre y lo divino*. México, FCE. 1955. p. 27.

⁴E.M. Cioran. *La tentación de existir*. Versión al español de Fernando Savater. Madrid, Taurus. 1979. p.125.

¿Terrible? Sí, ¿o no? Por lo menos dentro de esta banalización podemos estar seguros de que si J. Saramago jugó maravillosa y tristemente con *Las Escrituras*, no encontró por qué no podamos jugar también nosotros con su evangelio: él nos ha invitado al juego; juguemos con ese Jesús saramaico, con ese "J" (más adelante te explico porque "J"), quien, efectivamente, está lejos, ya no del Jesús de *Las Escrituras*, eso sobra decirlo, sino de otros Jesús también muy conocidos, como lo es el Jesús de Kazantzakis, el de su novela *La última tentación de Cristo*, quien en sus momentos finales sufre la visión (sufre con otra cruz en la cruz), el tormento de pensar que aquella existencia, que aquella su vida, pudo haber terminado de otra forma, sufre la tentación de querer dejar de ser, de arrepentirse de todo cuanto ha hecho, arrepentirse del bien mismo, de ya no estar ahí siendo Él, en cruz; J es un ser más trágico. El Cristo de Kazantzakis fue libre de arrepentirse de sí, mas no lo hizo. Al J de J. Saramago de nada le puede valer arrepentirse de sí. ¿A qué con eso? De cualquier forma, como lo veremos, la personalidad de Jesús a lo largo de estas novelas puede ser distinta, mas los Dioses que tienen detrás estas obras no se piden mucho entre sí. Para corroborar lo anterior, ahí está también la obra de N. Mailer: *El evangelio según el hijo*; E. Renan se salvó de caer en ese error, pero esto se tocará más adelante.

J. Saramago, peculiar y paralelamente con la Teología actual, trata de ahondar en la figura del Jesús histórico, aunque, bien lo sabes, esto del "Jesús histórico" ya está muy hablado, malentendido y traído de aquí para allá. Digamos que es el Jesús en su existencia de hombre, en su vida de la carne, el misterio que se quiere conocer. Tú tienes conocimiento del texto de Andrés Torres Queiruga⁵, quien, en esta nueva etapa de las aproximaciones teológicas a la figura de Jesús, rescata la experiencia de los Apóstoles diciendo:

⁵Andrés Torres Q. *Confesar hoy a Jesús como el Cristo*. Bilbao, Sal Terrae, 1994. p. 40.

Esta fuera de toda duda que para ellos la evidencia primera y elemental fue la de una humanidad normal y sólo poco a poco fueron descubriendo en ella y a través de ella que allí se anunciaba algo más.

Es esta "humanidad normal" la que J. Saramago intenta poner al descubierto adentrándose en la conciencia misma de su personaje, sin importar si en el tiempo de Jesús se estaba o no interesado en una aproximación de esa naturaleza, pues el asunto era mostrar el *ser* de Jesús. Este J saramaico no sólo nos habla del personaje humano que está detrás del "fenómeno" cristianismo; pienso que nos critica a todos a través de él: Todos somos J (últimamente todos somos todos). Se trata de responder a una inquietud muy interesante: Las personas en la actualidad viven a Cristo de una forma, pero ¿cómo se vivió Cristo a sí mismo y a Dios? Una interrogación ya con mucha historia. En este sentido J. Saramago hace y no hace Teología en su novela. La hace porque toda Teología cristiana es en sus fundamentos una Cristología, pero no la hace porque para tener una Teología hace falta nada más y nada menos que un Dios, al menos eso, un Dios. J, al ser la imagen de su padre, termina por negarlo, por sacrificarlo inútilmente consigo mismo y con todos sus defectos, los cuales son la inequívoca señal de su ausencia, de su no ser, son la señal de una antiteología.

Como te habrás dado cuenta, Joaquín, junto con este viaje al personaje concreto de Jesús, hay también un viaje a los orígenes de todo esto que hemos sido a partir de Cristo, aunque sean trágicos los tonos de la novela. Y el señor J. Saramago lo menciona en su evangelio: "No hay más remedio que ir a las fuentes"⁶. Bien sea por evadir las palabras de otros, bien por cerciorarse o por exigencia académica, o bien por encontrar de manera más directa el cascarón roto de esta sospechosa ave de rapiña exterminada en la cruz. A. Queiruga⁷ expresó de esta forma los orígenes de dicha tendencia:

⁶ José Saramago. *op. cit.* p. 61.

⁷ K. Rahner. cit. por Andrés Torres Q. *op. cit.* p. 14.

Se comprende así el sentido profundo e incluso inevitable del proceso que se inicia en la ilustración y que sigue vivo todavía y con inusitado vigor en nuestros días. Se trata de una vuelta a los datos originales, de un denodado esfuerzo por atravesar las distintas interpretaciones, para acercarse cada vez a la figura real de Cristo que está en el origen.

Terribles, trágicos y sobrehumanos son esos esfuerzos. Nada más sensible y espinoso que la corona de Cristo, nada más complejo, mucho más si es así, a través de una novela escrita con tanto y tanto talento, lo cual sí sería una blasfemia negar.

Si continuáramos la reflexión que hace Milan Kundera⁸, diríamos que si Don Quijote regresó convertido en agrimensor en *El castillo* kafkiano, donde toda su vida y su trágica ventura le eran ordenadas, dicho personaje cumple su última orden en la novela de J. Saramago: La orden de morir, esta vez en la cruz, ya no como K sino como J, conociendo bien el propósito de su muerte. Y es forzoso preguntarnos, Joaquín, quién resucitará a esta cansada trinidad humana. Debemos decir llenos de malsana resignación que se fueron (¿no volverán?) los tiempos de esos hombres que, con todo su genio y con todo su corazón, eran capaces de anhelar la eternidad y la gloria en Dios. Estando las cosas como están no veo cómo sería posible que J inspirara un despertar, no un suicidio como el suyo o como el del Jesús de *La última tentación*. No sé para qué llevar a cuestas la cruz (nuestras tristezas alegrías cotidianas) de un extraño de la mísera estatura de J, de quien, por otra parte, tampoco fue su culpa haber sido victimado tan cruelmente desde su pobre nacimiento e infancia hasta su cruz. Por esto mismo, el sentido y dimensiones dadas a la cruz cristiana debe desaparecer, debe haber un replanteamiento para identificarla con la vida, ya que es hoy una carga estéril. Por este tipo de cosas Jesús decía a la multitud al acusar a los fariseos: "Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas" (Mt. 23.4). "Tomad

⁸M. Kundera. "La desprestigiada herencia de Cervantes" en *El arte de la novela*, Barcelona, Ed. Tusquets, 1987, p.16

sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: hallaréis descanso para nuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt. 11, 28-30).

Si la Cristología, como lo dice Leonardo Boff⁹, es una Antropología que ha llegado a su plenitud. ¿dónde está el problema? ¿En la cruz o en el hombre? ¿Somos unos J crucificados veintiún siglos después o nos sentimos más cerca de Raskolnikov, más cerca de la esperanza? ¿Tendremos que colocar sobre toda parte visible, en avenidas, en el metro, en los restaurantes, como si fueran puertas judías antes del éxodo, aquel letrero dantesco con una pequeña modificación: "Oh, los que aquí *estáis*, dejad toda esperanza".

El Evangelio según Jesucristo es, por supuesto que lo es, una novela problematizadora, un fiscal. Todas las buenas novelas nos plantean dificultades, pero pocas nos sacuden las conciencias y las entrañas de esta forma, haciéndonos voltear sorpresivamente alrededor, asustados, como si algo grave hubiésemos estado ignorando. No sé hasta dónde podamos estar de acuerdo con Luciana Stegagno, quien, en la contraportada de la novela, afirma que sería absurdo condenar una obra así, sólo porque debe ser analizada con sus propias leyes literarias, poéticas y filosóficas. En primer lugar, ¿para qué habríamos de condenarla? (le toca a Roma y ya lo hizo). Eso de nada sirve. Aquello parece ser una frase bien lograda, pero si esto fuera simplemente así, no nos quedaría más que sentarnos a contemplar el espectáculo como si estuviéramos en las graderías del circo romano. Podríamos y deberíamos decir entonces como lo hizo Séneca: "Después de que he estado con aquellos hombres, vuelvo menos hombre", o, con el temperamento unamuniano¹⁰:

⁹Leonardo Boff, *Jesucristo el Liberador*, 5ª. ed. Bilbao, Sal Terrae, 2000, p. 35.

¹⁰Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Barcelona, Ed. Altaya, 1998, p. 63.

El hombre adopta distintas actitudes y busca por varios modos consolarse de haber nacido. Y ya se le ocurre tomarlo a juego y se dice que este universo es un espectáculo que Dios se da a sí mismo, y que debemos servir a las intenciones del gran Corega, contribuyendo a hacer el espectáculo lo más brillante y lo más variado posible. Y han hecho del arte una religión y un remedio para el mal metafísico, y han inventado la monserga del arte por el arte.

Si se me permite, el análisis, en una obra tan peculiar como ésta, no puede divorciarse, por más que se quiera, de la vida y de nosotros mismos, con las pocas o muchas herramientas que tengamos, con lo errado o acertado de nuestra posición. Aquí el asunto no es condenar a nadie por blasfemo o pecador: se trata de convencernos de que cuando se pone el dedo en la llaga, se corre el peligro de mojárselo con agua y sangre. Si los asuntos de fondo del evangelio saramaico no nos remiten a la vida y a cuestionarla desde nosotros, a confrontarla y dejarnos confrontar, brincando las convenciones culturales, no estaríamos haciendo otra cosa que una simple disección, indiferente, apática o muerta como su objeto y no es el caso de este evangelio.

Sin quitarle importancia a los temas literarios, o a los psicológicos, porque bien se pudiera realizar una interesantísima disertación de cómo escribir una novela, los temas abordados desde ya en esta tesis son los que a mi juicio reflejan con más profundidad los planteamientos centrales de la novela, aunque pueda ser esta apreciación muy subjetiva. Son, por otra parte, no se puede negar, temas muy adecuados para poder platicar contigo. Son la oportunidad de poner en el escenario la voz de quien representa al otro bando. ¿Qué siente y qué piensa un jesuita de un evangelio como este? ¿Qué siento yo, qué digo yo?, pues a mí me corresponde hablar un poco más. Los temas son como sonámbulos vagando por una noche muy oscura. La noche es la crisis actual del cristianismo. Si en su momento calificaré el evangelio saramaico como una de las grandes novelas donde se aborda la culpa, aquí necesito llamarle también la novela de nuestra crisis, pues J.

Saramago, haciendo un favor sin querer, cuestionó las costumbres vacías, los conceptos viciados, los credos estériles. El replanteamiento debe darse con más velocidad, pues este tipo de favores son costosos. El cheque se firma en blanco y se cambia por millones de desconfianzas y de incredulidades. J es un espectro de lo errado. Su cruz está muy lejos de ser un árbol de vida. ¿O cuál es la propuesta? Y esa cruz, el punto de arranque de la reflexión, está ahí. ¿Quién conoce una tendencia, consensual, sólida y contemporánea del significado de la cruz? Vergüenza es ignorarla, pero más vergonzoso es no tenerla, así como tener una de viento. ¿Es preciso tener una cruz o cada cual la suya? Tal vez los del New Age tengan entre sus joyas un catalogo de cruces a la medida, necesidad y necesidad de cada quien. J tiene la suya, la de una denuncia muy especial con una inscripción que le mandó poner F. Nietzsche. Dicha inscripción dice así I. N. R. M. (Iesus nazarenus rex mortuorum). *Quod Scripsi, scripsi*. Paradójicamente, por ahí por dónde debiéramos los creyentes replantearnos nuestra fe, es por donde J. Saramago inicia su buena nueva del absurdo. Para él, ahí empieza y ahí acaba todo. Para nosotros nada ha terminado. Ecce Homo, ecce Deus.

Otra vez, como lo dijo Pablo, escándalo para unos, necesidad para otros. Somos otra vez unos escandalosos y unos necios ilusos. Credulidad, eso es lo que abunda, pero la fe, la caridad, la misericordia están entre la espada y la pared del abismo. Se nos ha olvidado lo que había de practicarse (Lc. 11, 42). Cuando bien nos va, cambiamos la inocencia por una pretendida inteligencia, cuando bien nos va. Y sea como sea, necesitamos la inocencia otra vez, la santidad, aunque escuchemos nuevas tentaciones en nuevos desiertos. Nuevos Pastores para nuevos J. Nuevas Magdalenas para volver a caer con lo decrepito del mundo. La pesadilla que no cesa. Sin embargo, no hay porqué achicarnos. "En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo" (Jn. 16. 33).

Tal vez nuestro buen J pueda decirnos lo qué significa ser cristiano. Tal vez no J. sino su padre terrenal, José. Bueno. éste también es otro J. que (lo diré a la manera saramaica) no por haber nacido antes es menos cristiano, pues la cooperación dada por este santo varón para el florecimiento de la causa de su entenado no fue poca cosa. Mira que morir crucificado, sólo por ir a salvar a su amigo Ananás, es digno de las más altas consideraciones. En adelante será San José Mártir, patrono de los rescatistas o de la Cruz Roja Internacional, que quizá por eso se llama así, lo cual, de hecho, podría traer conflictos con la comisión vaticana encargada de las santificaciones: ¿Por qué patrono de los rescatistas? Bien pudiera ser santo patrono de la guerrilla, cosa muy difícil pues podría acarrear un nuevo conflicto Iglesia-Estado y el Vaticano se ha distinguido por su prudencia en estos asuntos, aunque, el sub-comandante Marcos se convertiría (hasta un Ernesto Cardenal puede salir de ahí) y el señor presidente, despechado ya, podría repetir las hazañas de los reyes españoles, de Enrique VIII o del muy bien recordado Álvaro Obregón, lo cual a la larga, Dios guarde la hora, puede terminar en otra cristiada. Entonces mejor que Dios no guarde la hora: Saltarían por un masoquista impulso natural otros Torales, otros mártires, otros Padres Pro para alimentar e incentivar la criticada sed de Dios y de la piedad popular tan necesitada de ver proyectado su propio calvario. *Vox populi, vox dei* (si alguien se aventara la puntada de modificar esta frase, diciendo *Fox Populi, Fox dei*, debían de darle por lo menos un pequeño reconocimiento por su agudeza crítica y teológica). Todo esto por un patronato injustificado. Y ahí están los psicoanalistas. No se van a rendir tan fácilmente. Un patrono tan esperado por ellos y descendiente de David no en cualquier lado se consigue. Eso sin tomar en cuenta el lío que armarán los obreros y los carpinteros amparados en las sólidas argumentaciones de los teólogos de la liberación. No es por exagerar pero hasta los espías reclamarían, por aquello de la escena precautoria con los soldados romanos antes de la matanza, un patrono de tal estirpe y no sería para menos.

San José nunca se hubiese imaginado -tal fue el caso de J hasta antes que su verdadero padre le revelara su destino- las acaloradas y coloradas disputas que se armarían por su causa, aunque nos hayamos quedado con la duda de si este par nos daría algún norte de lo que significa ser cristiano. Por lo visto en las líneas del párrafo anterior, líneas muy al estilo de J. Saramago, debemos decir sin miedo alguno que, antes de darnos un norte, nos metieron al laberinto sin el hilo de Ariadna. La fe ha de indicarnos la salida, ha de librarnos de ese monstruo de mitología.

Ya se acerca, Joaquín, el momento de tu primera intervención. Debo confesarte que la mayoría de los trabajos a los cuales les pude echar un ojo o de los cuales tuve noticia en mi estancia en la Facultad como estudiante de Letras Hispánicas, estaban marcados por una fuerte tendencia descriptiva. Se trataba de explicar, no de interrogar. Quizá vi mal, pero no me entusiasmaban ese tipo de ensayos. Me gustaba el perfil que va tomando esta tesis. No vayas por favor a guardarte algo que quieras decir, aunque estés lapidando o festejando algo que te haya disgustado o emocionado de este nuevo evangelio, el cual no es tal: es, como parecieran serlo *Las Escrituras*, una contradicción. No sé hasta que punto J. Saramago intentó jugar también con este asunto de las contradicciones, de los sin sentidos. Debiéramos pensar también en esa otra crítica de su evangelio, la cual hizo, con muchas posibilidades de ser así, "inconscientemente". No lo sé. El autor pudo haberse dicho a sí mismo: "*La Biblia* es una triste contradicción. ¿por qué mi evangelio no ha de ser así?" Es más terrible que el propio evangelio escrito según el "hombre Jesucristo" sea más absurdo y desalentador de lo que pudieran ser los otros. Si se nos está diciendo con esto que la realidad humana es absurda, habría que retitular la novela o por lo menos ponerle algún subtítulo: *El evangelio según Jesucristo. La mala nueva según el hombre.*

Antes o después de responder a las siguientes dos preguntas, tienes la palabra para lo que más te inquiete. Éstas preguntas son: ¿En qué sentido está influyendo el contexto posmoderno para la aparición de obras como ésta? y ¿cómo podría ubicarse la obra dentro del marco de una crisis en el cristianismo? si desde tu criterio hay tal crisis. De no ser así, ¿cómo podría ubicarse dentro del marco de la crisis mundial? Gracias.

Estimado Miguel:

¿Cómo estás? Siempre te recuerdo con gran alegría. A diario ofrezco mi comunión y mis oraciones por ti. No lo olvides. Siente siempre mi compañía espiritual en tu vida y acuérdate siempre del gran amor que nuestro Papá Dios tiene para contigo. Estoy saliendo muy bien de la última reacción de los medicamentos. Probaremos con alguna otra cosa para ver cómo reacciono. Tuve un pequeño bache, pero ya estoy mejor, muy contento de poder ayudarte con tu trabajo.

Antes de iniciar, quiero darte las gracias por tomarme en cuenta en esta parte tan importante de tus estudios. Me siento bien y me da gusto saber que vas dando señales de un crecimiento personal, cristiano y muy prometedor. No te confíes ni eches las campanas al vuelo. Estás apenas en el umbral de la puerta. Afuera, te espera un gran camino. No te desalientes. Cuando nos conocimos hace ya cinco años, estabas como escondido debajo de una mesa en el sótano de la casa. Ahora, después de esos años, ya has avanzado algo: Has salido del sótano. ¿Cuándo volarás? Ánimo.

Miguel, yo sí creo con Borges que entre la ruptura y la cordura se desata la creatividad, la cual, en mi muy personal punto de vista, se deja ver con fuerza en ti. Tienes ese toque y lo has empezado a mostrar en las páginas que me hiciste llegar. Al evangelio de Saramago hay que entrarle con cierta soltura, con ánimo y bien despierto. Me pareció un buen inicio, aunque debes y puedes mejorar. El asunto es saber si quien representa a la Academia mirará con agrado tu trabajo. No te olvides que los gremios académicos son en ocasiones terriblemente duros y egoístas. Los esquemas no tan fácil se rompen. Sin embargo, tu apuesta es por la creatividad, lo cual es muy encomiable, aunque ciertos ambientes no son propicios para esto. Te deseo éxito y comparto tu suerte. Por favor tú tampoco te guardes nada. Si ya empezaste, adelante.

Respondo a las preguntas de esta primera parte. El contexto posmoderno puede influir, pero no considero que *El evangelio según Jesucristo* de José Saramago esté dentro de ese esquema si entendemos por posmodernidad lo que dice Lyotard: La incredulidad ante los metarelatos. Saramago, aunque no se vea cristalinamente reflejado en esta novela (algo hay de cualquier forma), tiene un metaretrato en el que cree demasiado. Él Cree en las soluciones de izquierda para solucionar los problemas del mundo. Incluso se vio muy claro, cuando vinieron los zapatistas, que él cree en un metaretrato. No puede ser un posmoderno en el sentido puro pues todavía cree; él cree a su modo. Por otro lado, ante la crisis actual, y perdona la comparación, el cristianismo toma el lugar del "hermano incomodo", estorba. Hay que ver por qué estorba. Si creo que ese escepticismo al que invita la incredulidad de un metaretrato, ese nihilismo, ese esteticismo, que son vertientes del posmodernismo ya sea virtual, social o filosófico, están presentes en la novela como un intento de desmitificación, aun por la vía del desgaste, de la insistencia en lo absurdo y del derrumbe no sólo de Jesús, sino del Cristo de la fe. El Jesús de las escrituras, el Cristo de la fe y

el J saramaico, como le has bautizado (resultaste buen padrino), son realidades muy distintas. Es como algún día lo comentamos, hay una gran diferencia entre el Jesús de doña Tachita, de doña Esperanza y el Jesús hombre de hace dos mil años, pero también hay una gran diferencia entre el Cristo de la fe de Rahner, a quien correctamente citas, y el Jesús histórico y, obviamente, hay una abismal diferencia entre el J de Saramago, quien no termina de entender su divinidad, y el Jesús hombre. Me pregunto hasta dónde podemos hablar más bien de una yuxtaposición de Jesús y del Cristo de la fe en este evangelio. Sin embargo, y es obvio, en esta desmitificación de la novela, yo hablaría del Cristo y no de Jesús. La palabra "Jesús", alude siempre al hombre que vivió hace dos mil años y del cual sabemos muy poco. La palabra Cristo alude más a la fe en Jesucristo que tienen unos y otros cristianos. De hecho, Cristo es el ungido y tiene ya esta connotación teológica: Jesús no. Él es el hijo del hombre. El rollito aquí está en, a partir del hombre, desmitificar al Cristo, mas como están yuxtapuestos, lo que resulta es una aniquilación; nada queda. No sé, quizá ese era el propósito.

El asunto de la crisis me parece muy importante. Lo que toco aquí ya ha sido abordado con anterioridad. K. Rahner, I. González Faus y otros han advertido que, hasta antes de los años setenta, había una cierta herejía en todos los cristianos, católicos sobre todo, una herejía antigua de principios del cristianismo, la del monofisismo. Todos los cristianos actuales somos monofisistas. Todos creemos o tenemos un monofisismo latente. Creemos en una sola naturaleza en Jesús. No en dos, sino en una, la divina, por supuesto. Veíamos todos una humanidad aparente, la humanidad de Jesús. De tal suerte que lo único real era su naturaleza divina. Yo comparto esta observación. Mientras tanto las elites teológicas iban desmitificando, sobre todo del lado del protestantismo, al Cristo de la Fe, en el cual creían tanto católicos romanos como protestantes. Este intento de desmitificación suscitó esperanzas en muchos teólogos de dar con el Jesús hombre. El paso de los años demostró que nunca iban a dar con Él. Así, lo que empezó a

proliferar fueron relatos como *Jesús vivió y murió en Cachemira*, libros esotéricos, los caballos de Troya, vidas, evangelios, novelas de los cuales el evangelio de Saramago es precisamente el último eslabón de la cadena, sea o no el más terrible de ellos; definitivamente no se le puede sustraer de ese fenómeno. No sobra decir que aquellos escritos abusaban mucho del descubrimiento del Qumram, diciendo que Jesús fue esenio y cosas por el estilo, de lo cual *El evangelio según el hijo* da clara muestra. Desde ahí se construyó una teología apócrifa, yo lo diría así. De todos modos terminaron alejándose del Jesús histórico, cuando de lo que se trataba era de desmitificar. Quien mejor ha hecho esto en la historia de la literatura, a mi juicio, es E. Renan. El epígrafe que tú escribes antes de iniciar tus páginas para el camino es precisamente de esa obra: *Vida de Jesús*. Este hombre, E. Renan, alcanza ese objetivo. Él no cree en la divinidad de Jesús, pero la presentación del hombre, del héroe a quien se le debe seguir, por ser héroe y no hijo de Dios, es muy atinada. Esta presentación lleva incluso a una figura intelectual como F. Nietzsche a dedicar páginas y páginas contra E. Renan. En *El Anticristo* esto es muy evidente.

¿Qué tiene que ver todo esto con *El evangelio según Jesucristo*? Poco o mucho, según se quiera ver. De si Saramago es monofisista no cabe la menor duda. Su monofisismo, sin embargo, es el contrario, hasta dónde yo sé. Como Renan, él, Saramago, niega la naturaleza divina de Jesús, niega que Jesús sea Dios, pero al presentar a J ni el hombre llega a ser hombre, ni el Dios, Dios. No hay monofisismo, pero tampoco lo contrario. Hay no un misterio sino una contradicción. A J lo vemos andar, ir de aquí para allá, entrar al Jordán, conocer a la Magdalena, pelearse con Pastor, etc., mas cómo lo hace si de hecho es medianamente nada, algo así es más difícil de imaginar que el propio Cristo. A J se lo ha comido el destino. Por eso creo que de todos esos intentos en la historia por desmitificar al Cristo, no a Jesús, el mejor y más acertado es el de E. Renan.

Yo creo que *El evangelio según Jesucristo* está a su vez dentro de una crisis, la crisis de no tener una síntesis donde finalmente aceptemos los datos del Jesús hombre y tratemos por lo tanto de que nuestra fe en Él considere esos datos para que nuestra praxis, derivada de esa fe y de ese Jesús, sea en verdad una praxis revolucionaria. También creo que la novela o su autor, sin quererlo, viven en un ambiente marcado por una crisis teológica cristiana real. La Teología de la Liberación ha propuesto más soluciones, incluso más de las soluciones aportadas por el Progresismo europeo. En este dilema de la Teología de la Liberación-Progresismo, la Teología ha aportado más y lo ha hecho porque ha trabajado desde las comunidades de base, pero se encuentra en una crisis tremenda. Ahí tienes la caída del muro. Se trastocaron las utopías, se golpearon y la Teología está en reacomodo. Por su parte, Roma ha castigado mucho. Personas como Leonardo Boff las pierdes para siempre: sigue escribiendo, pero ya no es lo mismo. A Gustavo Gutiérrez lo callaron, aunque me parece que los dominicos lo van a proteger, pero sí lo golpearon. Súmale a eso que no hay nuevos teólogos: los de la vieja guardia se mueren y nadie los releva. Por otro lado, a las comunidades de base se les golpea con muchas crisis y de todo tipo. El asunto es serio, por eso el tal J se siente a sus anchas. La Teología de la Liberación aportó, no solucionó nunca la crisis a la que te refieres.

Bueno, aquí le dejo esta vez porque sólo estamos empezando a construir en un terreno recién delimitado. Vas a tener que darle una manita de gato a esto, porque si no, vas a tener muchos problemas. También debes mejorar. Dime tu opinión de lo que te escribí, porque creo que te fusilé no pocas cosas de las que me habías platicado. No te apures. Si así fue, no ha salido de tu tesis y, de cualquier forma, seguramente lo volveré a hacer. ¡Qué Dios te bendiga!

Joaquín Crespo G.

El Dios de dolores

Es preciso saber si se
desea vivir con los ángeles
o con las bestias.

(E. Psichari)

Joaquín, antes de entrar a este capítulo, gracias por tu primera intervención y gracias también por aceptar tus hurtos. A este paso me vas a dejar muy satisfecho por honrarme con esas distinciones. Me parece, entrando ya a tu intervención, que hay dos cuestiones importantes: La de la crisis teológica y la del asunto del monofisismo. Con respecto a lo teológico, creo que el conflicto de la liberación del oprimido sí se deja ver en las páginas de la novela, aunque esto, a mi gusto y de hecho, no constituya, en lo absoluto, la columna vertebral del evangelio saramaico. A este respecto *La última tentación* adelanta con mucho a este evangelio, pues se percibe en todo momento un ambiente de tensión en esa novela. J. Saramago está bien

enterado del asunto de los zelotas, de la toma de Séforis, de Judas el galileo, etc., los cuales son nombres perfectamente comprobables en la historia. No obstante, el conflicto manejado en todo esto no alcanza eso que se nos antojaría mucho contemplar: ¿Cómo sacudió al hombre Jesús el haber caminado por otras vías de acción cuando sus contemporáneos morían batallando contra el poder oficial? No obstante, J. Saramago no perdió oportunidad para exponer sus ideas al respecto, pues hacia la mitad de la novela, cuando J recién llegaba al templo después de haberse ido del hogar, hay una confrontación con un maestro de la ley en la cual se cuestiona muy fuerte la legitimidad de la defensa en contra del opresor, tema debatidísimo en la actualidad. Es sintomático que tal conversación se dé muy cerca de la mitad de la novela, pues el autor da, en diferentes momentos, la impresión de haber tomado como un vulgar pretexto la vida de su personaje para exponer sus ideas culturales y filosóficas. Atrás de la vida de J en el evangelio saramaico, hay una columna vertebral bien definida conformada por afirmaciones, claras y distintas, que pretenden ser estocadas mortales ya no sólo a la experiencia cristiana sino también a cualquier experiencia religiosa plena, mostrando el carácter absurdo, necio y hasta risible de aquella. Hasta antes de esa conversación, la aparición de elementos representativos de la revuelta de Judas el galileo fue, sin ser significativa, mayor de lo que se dará en la segunda mitad, donde tal dimensión queda mucho más ausente de la vida de J. La pregunta obligada está planteada ya, no obstante tenga diferentes ramificaciones, una de las cuales es: ¿Cómo puede ser convincente el discurso cristiano cuando el Dios con el que se pactó en el Éxodo, no reconoce la opresión actual? ¿Es liberador y fiel o no lo es? Liberó allá, pero no libera ahora. El defecto es que cuando leemos algún pasaje bíblico, olvidamos su género literario, su momento histórico y su objetivo teológico. Lo resumo así:

La definición del Dios guerrero que hace justicia para los suyos, para con su pueblo Israel, está inseparablemente ligada al género épico judío

que significaba para Israel y para los pueblos vecinos el pacto establecido con un rey¹, asunto más cultural que religioso. El hombre, su cultura, su historia y su conciencia para interpretar éstas y a sí mismo son necesariamente mudables, pero es ahí donde Dios se manifiesta como siempre Padre, acercándose al hombre desde el hombre mismo, no de otra forma. Abraham, por ejemplo, no es movido con la promesa de un cielo eterno, ¿cómo iba a serlo?; es movido por la ilusión de un gran pueblo, de una gran nación con sus riquezas y descendencia, porque en su horizonte cultural no había más gloria que esa. La retribución tuvo así las puertas abiertas, pues evidentemente si no había bienestar era porque Dios lo había negado por estar enojado por alguna falta. La abundancia se convirtió en la señal de una bendición. Abraham no fue menos hombre por eso, pero carecía de la conciencia y los referentes que nosotros conocemos. Es como pensaba el padre Teilhard de Chardin: La creación encaminada hacia su suprema cúspide que es Cristo². Así pues, es muy interesante ver cómo, para ciertos propósitos, se lee al pie de la letra ciertas expresiones y, para otros, hay una interpretación profunda y sapientísima. Si se cree eso del Dios guerrero que también crean que el sol se mueve alrededor de la tierra y que la mujer salió de la costilla de Adán, ya que fue Dios quien dictó, en este torpe concepto de revelación, santo y seña a la oreja de los escritores bíblicos. Este error de interpretación es antiguo y común, llevó también a F. Nietzsche a tropezarse célebre y muy lamentablemente en su *Anticristo* con una crítica disparatada. Estas obras critican en su mayoría más con las tripas que con razones sólidas. Se diserta sólo por destruir lo que tanto se odia, careciendo de ese bello concepto de la "conciencia amorosa" que Joaquín Xirau maneja en su obra *Amor y mundo*³.

Con todo lo anterior y retomando lo del monofisismo, al ser un evangelio según Jesucristo, es decir, según Jesús reconocido ya como el Cristo, representa una contradicción seria. Dudo que en esto estuviera

¹José Croatto, *Historia de la salvación*. México, Ed. Paulinas, 1974, p. 91.

²Teilhard de Chardin. *Como yo creo*. Prol. de N. M. Widers. Trad. de Francisco Pérez. Madrid, Taurus, 1973. 274 pp.

³*Amor y mundo en Obras de Joaquín Xirau*. Facultad de Filosofía y Letras. México, UNAM-DGP, 1963. 433 pp.

pensando J. Saramago cuando pensó en el título y contenido de su novela. En un evangelio así, según Jesucristo, hubiéramos tenido que ver las disquisiciones saramaicas en cuanto a la remoción de la piedra del sepulcro, a los discípulos de Emaús, al incrédulo de Tomás, etc. Un evangelio según Jesús, así nada más, nos habría tenido que remitir obligatoriamente a una consideración más seria de Jesús en su vida de hombre concreto, social, económica y culturalmente concreto, sin entrar en cielos que se abren y en tierras iluminadas, como efectivamente lo hizo E. Renán. Un evangelio según el Cristo se hubiese tenido que escribir desde las alturas y no es el caso, ni lo será. Por lo anterior, conste que es por lo anterior, el evangelio es según Saramago, no según Jesucristo, porque éste último y Cristo son, en última instancia, una sola realidad. Ahora que, si concibió el título de su obra pensando en esa contradicción que para él pueda representar un Jesús quien también llegó, por invenciones e intervenciones humanas, a ser el Cristo, el evangelio si es, contradictoriamente, según Jesucristo. Aunque, Joaquín, dudo seriamente en esa posibilidad. Si es así, tendría que ubicarse a Saramago en algún lugar dentro de la elite teológica, de la biológica o hasta dentro del santoral, por haber logrado tan milagrosa simbiosis. Vayamos ya al tema de este capítulo.

Si miramos *El evangelio según Jesucristo* como una obra antigua y quisiéramos, a partir de nuestra perspectiva hacer una exégesis tal cual se hace con los evangelios canónicos, deberíamos, por fuerza, remontarnos al mundo intelectual y material del autor para entender cómo, por qué se ha escrito esto o aquello y qué cosa se ha querido decir con ello. Si queremos hacer una exégesis, a la altura de tal, las preguntas obligadas son: ¿Cómo es el mundo del autor?, ¿qué situaciones de ese mundo se ven proyectadas en la obra?, ¿cuáles son las creencias o universo cultural del autor? y ¿para quién se ha escrito el evangelio? Esta última pregunta es fundamental en el análisis de los evangelios canónicos; tal vez no tenga el mismo peso si la

referimos al evangelio saramaico. Me parece, Joaquín, que si contestamos a la pregunta de cómo es el mundo del autor con las propias palabras de J. Saramago, adelantamos un poco en la respuesta de las demás. Las siguientes líneas son parte de las respuestas que diera J. Saramago en una entrevista publicada en uno de los suplementos dominicales del periódico Universal⁴. La pregunta fue la siguiente: *¿Qué pasó con su famosa actitud pesimista?* Ésta fue la respuesta:

Yo simplemente digo como me parece que está el mundo; algunos interpretan esta actitud como una visión pesimista. [...] Si pudiéramos despejarnos de este concepto, veríamos las cosas como realmente son. [...] Millones de personas se mueren de hambre en el mundo. Millones de personas viven en la ignorancia. El 47 por ciento de la riqueza mundial se concentra en doscientas y tantas empresas multinacionales que ejercen el verdadero poder en el mundo y que jamás se presentan a elecciones. Se gasta más dinero en enviar un aparato a Marte para buscar algunas rocas que en llegar con ayuda concreta a las personas que necesitan más protección. Es lo que observo, y cuando lo comento dicen que soy pesimista. Lo único que hago es describir la realidad.

¿La realidad? ¿Las cosas como son? Bueno. Digamos que lo anterior es como un esbozo de una parte del mundo, vista desde la perspectiva del autor con su muy peculiar mirada, digamos también que efectivamente algo adelantamos de las otras preguntas, aunque tengamos a su vez la obligación de reconocer cierta parcialidad y reduccionismo en esas líneas. No faltaba más. Por otra parte, aun con el riesgo de abrir todavía más la herida, es preciso darle un rostro más humano a esas estadísticas, las cuales, de hecho, nos remiten más a los eventos que a las personas. Démosle un poco de color a esos terribles paisajes de la humanidad, donde pareciera gozar de solaz esparcimiento el dios del dolor, démoselo únicamente dentro de nuestra imaginación: no tenemos por qué repetir el amarillismo que nos envuelve por todos lados. Contemplemos interiormente ese mundo con sus calamidades, con esa maquinaria que presenta una versión torpe de la vida, una versión disminuida que se está tragando nuestra conciencia, que está devastando la memoria de la humanidad. Contemplemos también como la

⁴Eliana Galarza. "Un caballero seductor" en *Día Siete*, suplemento, semanal de *El Universal*. Dir. Jorge Zepeda Petterson. Año I, núm. 34, s/f. México, El despertador, 2001, p. 16.

esperanza del reino de Dios cedió su lugar a la desazón del reino de lo que está desde sus orígenes en camino de dejar de ser. Esta nuestra nueva manera de vivir significa un adiós y una bienvenida: El adiós es para nuestras ganas de no experimentar una muerte definitiva, para nuestras ganas de amar siempre; la bienvenida es para ese eterno cambio que parece movimiento, mas es parálisis. Y las guerras...etc., etc., etc., sin ningún dios en el horizonte, aparentemente sin ninguno.

Todo aquello es también parte del mundo del autor. Finalmente, es el mundo que cuestiona a Dios, que lo culpa hasta por no existir y no se lamenta como haría el ateísmo religioso: señala inculpidamente hacia la nada. J. Saramago lo ha dicho bien, porque no es pesimismo: *Así están las cosas*. Si este es el estado de las cosas, deberíamos plantearnos por qué es precisamente el Dios de Cristo quien habría de respondernos las preguntas. Tal vez las preguntas sólo persigan mostrar la posible falsedad y el engaño de sus imposibles respuestas. Sigamos pues en el asunto de realizar nuestra exégesis. Así como respondimos con las propias palabras de J. Saramago a la cuestión anterior, demos otra vez la palabra a nuestro genial evangelista para que nos cuente de sus creencias. Hoy, se puede pasar por alto credo, costumbres y filiaciones del autor, mas en nuestra exégesis eso es imposible. Necesitamos saber quién es el hombre detrás de las palabras para lograr una interpretación más atinada de la obra, pues no es lo mismo Juan que Mateo. Las próximas líneas, Joaquín, las puedes encontrar también en la entrevista⁵ que ya te mencioné, cuando se le pregunta al escritor: *¿Por qué no cree en Dios?*. Éstas son sus palabras:

Podría responderle de la misma forma en que responden los que creen: Es mi fe. Me parece completamente absurdo. Creo en la existencia de un universo que mide miles de millones de años luz. Y en una evolución que nos llevó a descender de las ramas y, millones de años después, a caminar erguidos. ¿Desde cuándo se

⁵*Ibidem*. p. 18.

supone que tenemos alma? ¿Ya la teníamos cuando nos balanceábamos de rama en rama? ¿O sólo la poseemos desde que somos hombres modernos? La realidad es que estamos en transformación constante y que una idea como la de Dios sólo habita en la mente humana. Cuando el último de los hombres se muera, ¿qué pasara con la idea de Dios? ¿Quién la sostendrá? Jesús, en cambio, es otro personaje: creo que efectivamente existió un hombre llamado Jesús, que vivió en esa época que todos suponen, que protagonizó hechos reales y cuyas palabras fueron recogidas. Existen pruebas de que Jesús existió. Pero Dios...

Dios ha sido sólo una dolorosa idea para el hombre. Estamos pues delante de un mundo, un autor y una obra que se preguntan por un Dios doloroso. Me gustaría anotar aquí unas palabras de Miguel de Unamuno⁶ muy a propósito de la respuesta anterior de Saramago:

Y los racionalistas que no caen en la rabia anti-teológica [aunque en este caso si hay rabia] se empeñan en convencer al hombre de que hay motivos para vivir y hay consuelo de haber nacido, aunque haya de llegar un tiempo, al cabo de más o menos decenas, centenas o millones de siglos, en que toda conciencia humana haya desaparecido.

Continuemos. ¿Y para quién ha sido escrito este evangelio? Para el universo mundo. No hay un destinatario exacto de la forma que lo tuvieron los evangelios canónicos. ¿Establece esto alguna diferencia? Sí y no. Sí, porque el mensaje, como lo veremos al hablar del canon, se diluye. No, porque sí hay una señal de unidad en la *comunidad* lectora: Su identidad queda establecida por su simple condición humana; en apariencia sólo basta tener carne y huesos para sentirse destinatario de esa mala nueva. K, en *El Proceso*⁷, lo dice como sigue:

Pero yo no soy culpable, es un error. Y si vamos a eso, ¿cómo calificar a un hombre de culpable? Aquí todos somos simplemente hombres, tanto el uno como el otro.

Quedan anuladas todas las demás diferencias y no importan orígenes, patrias ni costumbres. Todos podemos sentirnos identificados con ese presupuesto, pues sencillamente se padece y ya. Así, de este evangelio

⁶Miguel de Unamuno. *op. cit.* p. 103.

⁷Franz Kafka. *El proceso*. México, EMU, 1999. p. 240.

saramaico parecen surgir las mismas preguntas de toda la vida y se esperan respuestas frescas como la sangre, siendo un problema que no sólo es de índole religiosa. Preguntemos Joaquín: ¿Por qué nuestro mundo está estigmatizado con las huellas de un Dios de dolores? ¿Por qué el Dios cristiano tiene tan mala prensa, tanta mala fama en los corazones del hombre de la actualidad? En este sentido, la novela, mucho antes de ser una herejía para unos o un golpe cruel a la sensibilidad religiosa de otros, es un síntoma, o, mejor aún, es el cuestionario de chequeo para empezar a establecer la historia clínica de los malestares del Dios de Cristo y de los cristianos, quiero decir, de todos aquellos malestares que conviven con el cristianismo, por lo cual es precisamente una tontería prohibir o tachar de blasfema esta novela. En palabras de San Agustín, diríamos que la otra ciudad, la ciudad del no-Dios, la no ciudad de Dios, ha tomado la palabra para retratarse a sí misma y su visión nos ha provocado espanto. ¿En qué consiste esta historia clínica? En optar, desde el principio de la obra, por una fascinación de la muerte como algo esencial, constitutivo, de la fe en Cristo. El punto de arranque es la afirmación de la cruz, la descripción burlesca y a detalle de una imagen que ya no sé sabe como llamarle, si misteriosa, central o fatal para el mundo cristiano: La verdad y la vida colgando de un madero⁸:

No goza Jesús de un descanso para los pies, como lo tienen los ladrones y todo el peso de su cuerpo estaría suspenso de las manos clavadas en el madero, si no le quedara un resto de vida, la suficiente para mantenerlo erguido sobre las rodillas rígidas, pero pronto se le acabará la vida, y continuará la sangre brotándole de la herida del pecho, como queda dicho.

Este remedo de Dios, este dios, así con minúscula, ha querido la muerte de su propio hijo. Todos lo sabemos, mas lo sabemos mal, pésimamente mal. Y ni J⁹, al tratar de rebelarse contra los eternos designios, ha logrado alterar ese orden.

⁸José Saramago. *op. cit.*, p. 18.

⁹*Ibidem.* p. 513.

Jesús muere, muere, y va dejando la vida cuando de pronto el cielo se abre de par en par por encima de su cabeza, y Dios aparece vestido como estuvo en la barca, y su voz resuena por toda la tierra diciendo, Tú eres mi hijo muy amado, en ti pongo toda mi complacencia. Entonces comprendió Jesús que vino traído al engaño como se lleva al cordero al sacrificio, que su vida fue trazada desde los principios para morir así.

Nuestro Dios es así conocido por habernos salvado del pecado original, aunque tal pecado, bien lo sabemos, es únicamente un mito, una metáfora de la condición humana, que no por ser mito deja de limitar la vida de un sin fin de personas, de seres culpables de algo que quién sabe como estuvo y que ni se entiende. Por afiliarnos a esta salvación, nos bautizamos, aunque aquella ceremonia sea, en la mayoría de los casos, la antesala de otras ceremonias de carácter un poco más profano, ¿o no? Hay una culpa, la culpa de ser falibles humanos, culpa por la cual tenemos que pagar con los denarios del sacrificio cotidiano y por esto Dios entrega a su hijo, al estilo de lo que le pasó al buen J. al Jesús de N. Kazantzakis, al de N. Mailer, etc. Y no hay culpa original. Dios no ha necesitado salvarnos de nada. ¿Salvación de qué? Pensándolo bien, puede ser que sea salvación de venir a este mundo a ser y a pensar que somos simios de vanguardia, bajados de los árboles por extraños designios de la fatalidad y del olvido, simios con dotes de abecedario, conscientes, cultos, pero desalmados; carne letrada donde lean los gusanos. Quizá también salvación de tener por salvador a un títere. (Qué difícil me es pensar en esto). ¿Salvación? ¿Cuál? ¿La de J o la de Cristo? Debemos de pensar entonces en la cruz. ¿Por qué la cruz? J. Saramago pareciera estar a gritos preguntándonos esto en su novela: ¿Por qué un Dios de cruz, un Dios de dolores *siempre con sangre en las manos, siempre por desenclavar?* Jesús, el Cristo, no muere con el único plan y propósito anticipado de dar la muerte para que nosotros fuéramos salvos. La vida verdadera nos la entregó con su vida y no sólo con su muerte. Vino para darnos vida en abundancia. Si con la muerte somos redimidos, somos los más infelices de los humanos. La cruz antes de indicarnos el dolor, nos

indica la verdad de un hombre que no se achicó ante la muerte, reconociendo frente a los hombres su verdadera esencia: La esencia de ser hijo de Dios, Dios, y de reconocer a los vejados, a las prostitutas, a los publicanos y pecadores también como hijos de Dios, no de los árboles; murió por sentarse con ellos a la mesa, murió, Joaquín, como alguna vez escuché por ahí en labios de uno de tus compañeros, por su manera de comer. La buena nueva no es sólo ser del mundo, es estar en el mundo reconociéndonos y sabiéndonos hijos de Dios, no del Big-Ban. Jesús, al estar ahí en la cruz, termina de asumir su fragilidad humana iniciada en su concepción. Es el completamente *Otro* transformado en un yo, en mi yo humano. No es solamente Dios con nosotros, es Dios nosotros. El problema es que tendemos a reducirlo todo a un hecho, reducir a Jesús a cruz: somos reduccionistas por excelencia. No tenemos la amplitud de miras que nos permita ver el "fenómeno" Jesús en toda su amplitud, que nos permita ver la cruz en el cotinuum de su vida y no en el centro y cúspide de nuestra cabeza, acostumbrada a pensar, porque así lo han dicho las doctrinas de hombres, que Dios ha querido asesinar a su hijo por nosotros. ¡Qué mentira tan atroz! ¡Pobre miserable ese J. cómplice ciego de nuestras tradiciones! "Así habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición" (Mt. 15, 6) Cristo sí nos salva de algo con su vida y sus palabras: Nos salva de ser olvidados (o recordados) por la fatalidad, de ser pura carne en transformación.

Verdades como la anterior se ven confrontadas en la novela saramaica. A nosotros, Joaquín, a mí, me hace pensar en las causas de un ataque tan frontal al Dios de Cristo, cuando, aquí mismo, en mesoamérica, se practicaban cosas no muy admirables, pero eso sí, no se cansan de decir, eruditos y advenedisos: "¡Qué maravillosas culturas, qué riqueza la de aquellas civilizaciones! ¡Qué admirables!", aunque sus dioses no fueran muy vegetarianos que digamos (si lo digo de otra forma sería una descortesía).

Se nos pidió misericordia, no sacrificio. ¿Sacrificio? ¿Y cómo vamos a reconciliarnos sin sacrificio? Si estamos como estamos, algo hemos hecho y debemos pagar. Es una cuestión antropológica muy sencilla, tan simple, primitiva, tanto, que el evangelio saramaico no deja de apestar por el humo de los sacrificios por esto y por aquello¹⁰:

Las pobres tortolitas no saben a que van, aunque el olor a carne y de plumas quemadas que planea por el patio no debería engañar a nadie, sin hablar de olores mucho más fuertes, como el de la sangre o el de la bosta de bueyes arrastrados al sacrificio y que de premonitorio miedo se ensucian lastimosamente.

Nótese aquí que los otros evangelistas modernos también son muy susceptibles a esta cultura del sacrificio¹¹, hasta podríamos pensar que los humos de *La última tentación* le llegaron a la novela de J. Saramago. Los judíos fueron grandes maestros en esta ciencia¹². No sabemos si fueron los maestros de toda la humanidad, por haber sido aquellas tierras la cuna de la civilización, mas, por como se les pinta en la novela, parecen haber sido ellos los avaros inventores de semejante tecnología, de punta y filo teológicos. De ahí que desde esos ayeres el mundo los identificara por su avaricia, pues no quisieron compartir su hallazgo. Lo que no se alcanza a explicar es como el resto de las culturas del mundo se puso de acuerdo para robar, al mismo tiempo, tan conveniente invento y para echarlo a andar tan coordinadamente como con relojes atómicos en mano. Sabemos, eso si, que la cantidad de animales sacrificados era tan grande que los sacerdotes se enriquecían con la exportación y venta de cuanto obtenían de los animales sacrificados. Un Dios satisfecho, complacido en el colmo del hartazgo, es quien pide a J sacrificar su oveja perdida, es quien exhala de placer al morir ésta¹³.

La oveja no soltó ni un balido, sólo se oyó, Aaaah, era Dios, suspirando de satisfacción. Jesús preguntó, Y ahora, puedo irme ya, Puedes irte y no olvides que a partir de hoy me perteneces por la sangre.

¹⁰*Ibidem*. p. 108.

¹¹Nikos Kazantzakis. *La última tentación*. 5ª. ed. Trad. Roberto Bixio. Madrid, Ed. Debate, 2001. p. 253.

¹²E. Charpentier. *Para leer el nuevo testamento*. 16ª. ed. Navarra, Estella: Verbo Divino. 1998. p. 30.

¹³José Saramago. *op. cit.* p. 303.

Eso fue en el vulgar sacrificio de una oveja, vulgar hasta cierto punto pues es una señal abierta de capricho, sometimiento y postración. J al entregar su oveja, se entregó a sí mismo. En la matanza de los niños no se escucharon los suspiros y exhalaciones de placer, aunque uno no corre gran riesgo imaginándolos, seguramente ahí estuvieron, mas el autor ha optado por el santísimo silencio. A este miserable (de dios no del autor) no le importó la muerte de los inocentes, la cual fue sólo una pieza más del engranaje. Estoy muy consciente que puede ser soberbio y erróneo dudar si J. Saramago sabía que el evangelista trataba de establecer un paralelismo entre Cristo y Moisés, sin querer afirmar que aquella atrocidad, apadrinada por ese dios, tuvo lugar en la historia¹⁴. El viaje a Egipto tampoco sucedió, pero no falta quien, aprovechando el viaje, se dé en pensar que allá Jesús aprendió ciertos truquillos espirituales. N. Mailer, sin hacerlo mago, si se llevó a Jesús a las antiguas tierras de los faraones. E. Renán¹⁵, un poco más riguroso en contra de las imaginaciones prejuiciosas, nos dice:

Un simple hechicero, semejante a Simón el Mago, no habría realizado una revolución moral como la que realizó Jesús. Si el taumaturgo hubiera sobrepujado en Jesús al moralista y al fundador religioso, no habría dejado en pos de sí el cristianismo, sino una escuela de teurgia.

Importaba pues el mensaje, no el discurso histórico verídico. Debemos preguntarnos: ¿Cuántos saben que no hubo tales niños asesinados? La masa de creyentes como yo sabemos que el único niño librado fue Jesús y si el ángel no se hubiera apurado, ni Jesús se salva. Y si tal hubiese acontecido, ¿habríamos quedado irredentos? El asunto de los niños apunta hacia el mal necesario del que supuestamente Dios se vale. Después de todo no podemos ir a reclamarle a don J. Saramago, diciendo: ¿Por qué usted sí mato a esos infantes? Él no es el actor intelectual del crimen. No se nos olvide eso.

¹⁴J. Luis Sicre. *El cuadrante. La búsqueda. Introducción a los evangelios*. Navarra, Estella: Verbo Divino 1998. p.104.

¹⁵Ernest Renan. *Vida de Jesús*. Barcelona, Maucci, s/f. p. 175.

Después de todo este es el *leit motiv* de su novela. El problema del mal necesario es viejo y lo es porque nunca falta quien prolongue su agonía. A estas horas debería estar muerta esa dificultad, mas precisamente aquí entra el asunto ya mencionado de la memoria humana, la cual perdemos por falta de ejercicio espiritual. Si volvemos con lo mismo es porque ya se nos olvido cómo se solucionó ese asunto. Jaques Maritan¹⁶ ha tocado este tema, apoyándose y rescatando la Teología tomista. El punto central, definitivo, la piedra sobre la cual fundamenta toda su apología es ésta: La total y absoluta inocencia de Dios. El problema consiste en hablar del mal en la misma línea en la que se habla del bien. Así, un Dios creador tendría por fuerza que ser responsable de tantas calamidades, lo cual no es exclusivo del evangelio saramaico. Y como esto no puede ser, Dios es un chacal de fantasía. Sin embargo, el mal no ha salido de Dios porque ni siquiera *es*, en sentido estricto. ¿Es por esto que el dios de J no es un Dios inocente? ¿Por esto es un dios defectuoso y, por tanto inexistente? He aquí como el dios de esta novela es una voz gritándonos: “Soy un imposible, una idea caprichosa en la mente de los personajes pero nada más”. Si Sto. Tomás, afirma J. Maritan¹⁷, nos decía: “Esse et bonum convertuntur”. nos decía con ello que el Dios de Cristo, nunca el de J, no es ni directa ni indirectamente causa del mal, ni directa ni indirectamente. Si Dios existe, así las cosas. No obstante, el dios de J es un dios que necesita del mal y del bien indistintamente; para el no hay tal distinción; son necesarios el uno al otro a la manera de los maniqueos. Al final, el mismo Satán sólo es un instrumento, muy necesario para que dios exista¹⁸:

No te acepto, no te perdono, te quiero como eres y, de ser posible, todavía peor de lo que eres ahora. Por qué, Porque este bien que soy yo no existiría sin ese Mal que tú eres, un bien que tuviese que existir sin ti sería inconcebible, hasta el punto de que ni yo puedo imaginarlo, en fin, que si tú acabas, yo acabo. para qué yo sea el Bien, es necesario que tu sigas siendo el mal.

¹⁶Jaques Maritan. ...*Y Dios permte el mal*. Madrid, Ed. Guadarrama, 1963. 146 pp.

¹⁷*Ibidem*. p

¹⁸José Saramago. *op. cit.* p. 451.

¿Están confundidas la idea de bien y la existencia personal de Dios? Definitivo. Debemos de pensar entonces que el problema no está tan cerca de los maniqueos como de las simples convenciones culturales. Para pensar que algo es bueno, debemos tener en mente lo malo, lo cual más que lógico es obvio. Si tales son las convenciones humanas, arbitrarias como el destino, debíamos de deshacernos de ellas, porque si tal es el caso, no son más que eso: Una perfecta farsa acomodaticia sin sustento alguno, puesta aquí por unos changos con paranoia esquizoide que, por tal, se sienten *seres humanos* capaces hasta de la solidaridad. ¿De dónde es bueno lo bueno? ¿Necesita el bien, para ser bien, más del mal que del Bien absoluto?

La polémica implícita en la novela es del todo evidente y más bien explícita. Sin embargo, aunque quitáramos al cristianismo del horizonte cultural humano (vaya posibilidad), las cosas, con Cristo como mera historia de algo que debía y era su destino ser superado, no estarían mejor. ¿Por qué habría de ser así? ¿Cómo va a responder el Dios de Cristo, los cristianos, a una crisis tan radical y, a los ojos de muchos, terminal? J. digámoslo así, optó por una vía digna, digna y suicida. ¿Es ésta la opción final de la humanidad? Si ya dios se ha suicidado, apaguen todo. ¿A qué seguir? El mismo autor, como ya lo hemos leído, asume que después de que el último hombre entregue al olvido a la especie entera, no habrá quien sostenga la idea de Dios. ¿Sólo la idea de Dios o también la idea de lo bueno, lo malo, del sufrimiento, de los pobres, los necesitados, los no-persona, los desesperados?, porque tampoco quedará hombre para darle vida a esas ideas. ¿A qué preocuparse? Se les puede redimir de su pobreza material, pero ¿para qué?: las pobrezas reales son irremediables. Ahí tenemos al Lázaro de J. Saramago. Es pues Dios, Padre de todos los hombres, quien puede reconocer a los pobres su profunda dignidad, asumiéndolos como tales e íntegramente, no como una convención humana. Cristo es Dios de pobres, porque quiere salvarlos de la falsa salvación de unos y de la condenación cruel de otros: El es el primero en estar de su

lado. Sin ser su intención, J lo afirma cuando está delante de Pilatos, reconociendo que hay algo propio de un rey: Ver por su pueblo. Sin Dios, los pobres materiales, los pobres espirituales de todas las coordenadas históricas y geográficas estamos perdidos; sólo somos las bestias débiles impotentes ante las bestias fuertes. Por la vía de J no hay nada más que el monismo material, tiránico y absoluto, padre azaroso de todas nuestras disquisiciones, las cuales, al estilo de J.L. Borges en "Tlon, Uqbar, Urbis, Tertius", podrían tener su replica verdadera y ésta la suya, así hasta que sea posible o la mónada lo permita, perdonándole nosotros, eso sí, su exquisito absolutismo, aunque a un Dios, Padre de todos los hombres, si se le acote en este sentido. Pensándolo así, sin que esté Dios en el camino, un día moriremos todos, definitivamente, morimos ya y desde hace mucho por causa de esto mismo que tanto exaltamos y a quien eximimos ciegamente: La materia. Démosle Joaquín una mirada a este razonamiento de K. Rahner¹⁹:

Dado que ningún ente puede desbordar su primera causa, sino que antes bien debe estar exhaustivamente contenido en ella, el espíritu, la voluntad, la autoconciencia y la vida encuentran su punto culminante en esa realidad única, absoluta, que es Dios

"Ningún ente puede desbordar su causa". El conflicto no es el de J, ese está derrotado; el conflicto real es la lucha entre el Cristo y la cultura materialista. Yo, Joaquín, no veo por qué o para qué defender a los pobres sin una esperanza efectiva de vencer su muerte. La miseria, la injusticia, la solidaridad, etc., serían una sarta de palabras culturalmente válidas. Si nos hubiésemos puesto de acuerdo para lapidar a unos cuantos de vez en cuando, no habría problema, menos si son pobres y están enfermos. Lo dice Pastor a J en la cita próxima²⁰. No se pase por alto su tremenda ironía sobre todo si, adelantándonos a los acontecimientos, J comprueba después, en su cuaresmal y mágico conclave trinitario, que Pastor y Dios son idénticos, lo cual, si por ejemplo miramos las primeras líneas de la página dieciocho,

¹⁹K. Rahner. "Dios, Jesucristo. Naturaleza y Gracia" en *Antología de teólogos contemporáneos*. Introd. y selec. de John Bowden. Trad. de José Luis Lana. Barcelona, Kairos. 1970. p. 70.

²⁰José Saramago. *op. cit.* p. 262.

plantea un problema ontológico de no poca magnitud: ¿Es posible, Joaquín, concebir al bien y al mal como una ausencia reciproca de uno u otro y también, por otro lado, concebirlos como una misma cosa? En el primer caso, hasta donde yo entiendo y haciendo uso a la inversa de la afirmación tomista de la cual ya hemos hablado, cuando un bien se ausenta, hay, sin haberlo (las palabras son muy mañosas: "Hay" tiene un sentido positivo que el mal no tiene) un mal, mas ésta ausencia no puede ser reciproca, pues el mal, "no siendo", no puede ausentarse. En el segundo momento de la pregunta, si pueden ser una sola cosa si Dios no existiera; en una ulterior afirmación bien y mal se fundirían, confundiéndose uno con otro. La perorata se da aquí como se da con el asunto de un Dios que tiene a su hijo destinado, desde antes del antes, a morir en la cruz. Dejemos estas cosas y vámonos a la cita:

O los mato, como siempre he hecho, o los dejo abandonados para que mueran solos por estos desiertos, o retengo el rebaño y me quedo aquí a la espera de que mueran, sabiendo que si tardan días en morir, se acabaran los pastos, que no son suficientes para los que todavía están vivos.

Esto también sería la humanidad sosteniendo una idea, pero cuando nuestra conciencia abandonara la faz de este mundo... Si aquel quiere hacer explotar una bomba en x lugar y esta otra quiere escribirle un verso cursi a su novio, no veo de dónde, siendo todo un único universo materialmente dinámico, pueda ser aquello más censurable que esto otro. Nada se crea ni se destruye. Ahora que si se puede vivir una vida sensata, sin necesidad (más bien a pesar) de una vida más allá de ésta: Por supuesto, aunque (siempre hay aunques y peros) no sabría el por qué llamarle sensata y tenerla como tal, si bien pudiera ser una tontería como cualquier otra. En definitiva, si el dios de J es auténticamente cierto, es decir, si no existe, yo soy un monstruo y no sólo yo.

Joaquín. Kierkegaard decía que un poco de humor ante cuestiones que nos desbordan es muy recomendable. ¿Se puede aplicar en esta ocasión? Y a Saramago le preguntaron también qué le diría a Dios si se lo encuentra por ahí. ¿Qué le dirías tú si te encuentras al Dios de J, al de dolores?

Mi buen Miguel:

Te contesto de inmediato: En cuanto a lo que me preguntas sobre las palabras de Kierkegaard, a como lo entiendo, esto de suavizar con humor es aconsejable: psicológicamente, se podría aconsejar a una persona X o a un grupo X. Podemos reírnos de que Trujillo, el dictador de R. Dominicana, como lo pinta Vargas Llosa en su novela, padeciera de impotencia sexual, etc., etc. Con humor es padre, pero si queremos pasar de un ámbito estético a un ámbito político o ético, el humor ya no ayuda mucho, ya no nos basta. En la novela de Saramago hay humor. Eso es muy cierto, como también es cierto que Trujillo mató mucha gente. Me parece necesario decir también las cosas con más crudeza. Aquí, se debe hablar más que con humor, con humor crudo. Si es necesario preguntar las cosas en un nivel ético, incluso hasta teológico, el humor, te repito, ya no nos alcanza ni a nosotros ni a Saramago.

Ahora bien, antes de seguir, me gustaría decirte que la tesis de un Dios que manda al hijo para que lo maten y así redima, etc., es la famosa tesis de

San Anselmo. La imagen que se nos revela es la del verdugo. un Dios verdugo. Obviamente. en cuanto a esto. Saramago está con San Anselmo. Las últimas teologías han combatido mucho esas nociones. insistiendo con fuerza en el "Abba". en el Padre. Ésta es una de las cosas que la Teología de la Liberación ha recalcado. lo cual debe decirse. ya que la vivencia de Jesús. ya lo mencionaste, es la de Dios como Padre de todos los hombres. Esta dimensión, por así decirlo. de la experiencia de Jesús se demuestra con el análisis exegético de los textos y con el análisis específico de la palabra "Abba". vocablo arameo dentro de un texto griego. Por los análisis. no es difícil afirmar que esta es una palabra verdadera de Jesús. Pocas palabras de este tipo podemos encontrarnos con tanta contundencia. Vamos a tener que deshacer esa falsa imagen del Dios del AT de quien se alimentan todas estas versiones miserables de Dios. Imagínate a J con el Abba en los labios: Sería una imagen patética. El problema es que ni el AT se conoce. El Dios que podemos ver ahí no es de ningún modo justiciero. En los libros de la antigua alianza. nos encontramos a un Dios fiel. apasionado y lleno de perdón. pero como ni nos tomamos la molestia de leerlo. nos quedamos con lo que más nos acomoda. con lo que nos dicen relecturas. reelaboraciones y narraciones actuales. El Dios nuestro no es así. como tampoco lo es el del AT: Son fichas culturales equivocadas. Y no hay opción. "ni modo". nos va a tomar tiempo deshacernos de estas estafetas. lo cual va a tener consecuencias muy serias en cuestiones soteriológicas. Por eso. alguno por ahí ha llegado a afirmar que el infierno sí existe pero está vacío. Si el dogma dice que existe un infierno. yo lo sostengo. pero añadido que está vacío. ¿Por qué? Porque apelo a la misericordia de Dios. aunque tú vas a tener que comentar tu versión de esto. pues no es nada más poner un letrero a las afueras del lugar diciendo. "Clausurado".

Yo si creo que el hecho de ser Dios. Padre. lo involucra en exceso en el mundo. siempre me viene a la mente aquel texto de Dietrech Bonhoeffer. un teólogo protestante que. estando en el campo de concentración. veía a un

hombre gritando al momento de contemplar como ahorcaban a un niño: "¿Dónde está Dios?". Bonhoeffer le contestó a ese hombre: "Ahí", apuntando hacia el niño. Por supuesto que este Dios no se lleva bien con el Dios de los filósofos e intelectuales como Saramago. De hecho, diría que se llevan muy mal. Sólo hace falta ver cómo vive el pobre de J para darnos cuenta de qué tan bien se llevan. El Dios bíblico quiere ser abordado en el evangelio de Saramago, pero termina siendo esquivado.

El involucramiento del que te hablo lógicamente es muy contrario al fatalismo de Saramago, al destino con dotes divinas o, lo que es igual, a Dios con dotes fatalistas. La forma de involucrarse de Dios es desde nosotros y en la historia. Hay una reflexión maravillosa de Ortega y Gasset dentro de *El tema de nuestro tiempo*. En esta obra, hacia el final, nos dice que Dios no es racionalista, como el de algunos escritores o como el de los filósofos. Dios es más bien vitalista: Dios ve desde la perspectiva tuya, desde la perspectiva de aquel y la mía. Por lo tanto, no podemos decir que Dios tenga la verdad absoluta, sino más bien una verdad en juego, no de juego como la del anti-Dios de Saramago, sino en juego.

¿Qué le diría yo a ese Dios? Que si valió la pena y que desde siempre ha tenido sus días contados, porque cuando estemos ya por siempre en el Reino de Cristo, no habrá, de hecho, quien sostenga la idea de un Dios como él. Nada más.

Aquí dejo esto por ahora, no sin antes decirte que me ha gustado mucho lo que dices sobre la salvación y la cruz. Lo de los simios de vanguardia y todo ese rollito me pareció muy afortunado, sin hacer menos el asunto de los pobres. Ánimo y a ver cómo nos va en el siguiente capítulo.

Jesucristo

El cristiano tiene que entrar
con todas sus energías en la
ruda tarea del mundo terreno.
Sí no, sería un traidor a Dios
y a sus hermanos

(J. M. Tillard)

Joaquín:

Esta vez me he tardado mucho con este capítulo. No la estoy pasando muy bien. He tenido problemas para poder continuar, pero aquí estoy y aquí vamos otra vez. Espero sea un buen capítulo. Antes de ir al tema, voy a comentarte dos cosas: La primera fue que al leer lo del niño ahorcado, en seguida me vino a la mente Maximilian Kolbe, el franciscano que se ofreció para entrar al búnker de la muerte en lugar de un judío en Auschwitz. *Hostia pro hostia*. Kolbe caminando hacia el búnker es, como muchos, un Emmanuel y un signo devastador ante la actual perorata nietzschiana contra

la debilidad cristiana, pues para hacer lo que hizo ese hombre se necesita de mucha potencia espiritual; la segunda se refiere a lo de Trujillo, lo cual me hizo recordar las novelas de la dictadura. La imagen del dictador está siempre construida con los rasgos terribles de ese supuesto Dios: Omnisciencia, omnipotencia, ubicuidad, etc. J. Sobrino¹ pone de manifiesto cómo se utiliza este concepto totalizador y absoluto de Dios y de la experiencia religiosa para justificar la opresión sobre los pueblos de América Latina. En este sentido, podríamos rebautizar atemporalmente *El evangelio según Jesucristo*, al cual se le hubiese podido llamar: *El protoevangelio de la tiranía*, por servir, también de forma atemporal, como modelo para todos esos monstruos. Me voy al tema.

¿Por qué Jesús y por qué de esa forma? Antes de responder, me gustaría hacer una pausa que ya te había prometido para decirte que a este Jesús del evangelio saramaico no le hemos llamado por su nombre, sino que le hemos nombrado "J", a la manera kafkiana, porque al igual que K, representan una presa y aniquilada imagen del hombre, aunque J lo es aun más, tristemente más.

Y ahora sí, ¿por qué Jesús? Porque ninguna muerte define mejor el conflicto existencial del hombre contemporáneo (y de todos los tiempos) como la de Cristo, pues para confrontar mejor al hombre mismo y a Dios, no hay mejor blanco que Cristo. El teólogo dominico Eduard Schillebeekx lo dijo como sigue²:

En la aparición del hombre-Cristo queda suprimida la anonimidad del Dios vivo (el innombrable). El hombre Jesús nos muestra el verdadero rostro del Dios vivo de tal modo que solo en Cristo, salen a la luz los temas religiosos universales

¡Cuánto nos dice de la humanidad actual una obra tan minimizadora como la de J. Saramago! La materia, que debiera acompañar al espíritu, lo

¹Jon Sobrino. *Cristología desde América Latina*. 2ª. ed. México, CRT, 1977. p. XIV.

²Eduard Schillebeekx. "Los sacramentos. Un encuentro con Dios" en *Antología de teólogos contemporáneos*. Introd. y selec. de John Bowden. Barcelona, Kairos, 1970. p. 91.

quiere aplastar para siempre. Años atrás nadie hubiera imaginado un juego con semejantes reglas. Al jugar con la imagen de Cristo, entramos a un foro de humor negro donde la humanidad es la que termina absorbiendo los gastos de ese exceso. Bien podremos oír: "Pero Cristo no fue Dios". Bien podríamos contestar con Lautréamont: "Los sofismas se desmoronarán [...] Todo el agua del mar sería insuficiente para lavar una sola mancha de sangre intelectual"³. No obstante, la afirmación sobre Jesús podemos dejarla ahí, finalmente no estamos escribiendo un trabajo de Teología dogmática, ni pretendemos ayudar al Angélico Doctor a combatir herejías sobre la persona de Jesús. El asunto no es éste. Los hombres de hoy podemos, es nuestro derecho, hacer esto u aquello y es eso, nuestro derecho, es más, representa nuestra responsabilidad ser libres. Me ha causado gracia pensar en una comparación muy a propósito de esto: Cuando alguna persona, hombre o mujer, publica la biografía o vida secreta de alguna persona famosa, esta persona, sin más ni más, corre a denunciar el hecho y a levantar una demanda, lo cual hace porque se sabe con ese derecho. Nadie puede tocar su persona si no lo autoriza y se puede defender por una simple razón: Está vivo. Jesús, presumen, está muerto, indefenso, mudo. Pareciera que Él ya no tiene más derechos, pareciera que no tiene nada.

Así pues, en *El Evangelio según Jesucristo* y en nuestra cultura, asistimos a un nuevo proceso del cual no importaría si desconociéramos su razón y la culpa que lo motiva, pero del cual invariablemente pediríamos a un nuevo Barrabás. Hoy no hay un Pilatos ni un abogado defensor y, si lo hubiera, no le bastarían estas páginas para convencer al jurado. Las acusaciones persiguen muchas cosas, entre otras, justificarnos diciendo: "Si el mismo Cristo hizo tal cosa, por qué no lo haría yo. La Iglesia esconde esas cosas porque quiere engañarnos". Si el defecto es viejo, el remedio también; San. Agustín⁴ mismo presencié algo muy similar a lo de hoy:

³Poesías y cartas. Lautréamont. Trad. y prol. de Luis Justo. Buenos Aires, Marymar, 1977, p. 34.

⁴San Agustín. *La ciudad de Dios*. 2ª. ed. Introd. de Francisco Montes de Oca. México, Ed. Porrúa, 1970. p. 34.

Por eso leemos en Terencio que un mozo vicioso y distraído que mirando un cuadro colocado en la pared, donde estaba primorosamente pintado el suceso de que en cierto tiempo Júpiter hizo llover en el regazo de Danae el rocío de oro, fundó en esta alusión la causa y torpeza de su mala conducta, jactándose que en ella imitaba a un dios: ¿y a qué Dios dice? A aquel que hace temblar los más altos templos y edificios, tronando desde el cielo: ¿Y yo, siendo un puro hombre, no lo había de hacer? En verdad que así lo he ejecutado y de muy buena gana

Lo desagradable de la situación es que lo anterior no sólo toca al mundo ateo, toca también al mundo creyente y con resultados mucho más evidentes: Si Jesús está muerto en esa cruz, ¿qué podría esperar yo?; si el tomaba vino, porque me habría de abstener; pero, sobre todo, si el dijo: "Hágase tu voluntad y no la mía", yo no tengo ninguna defensa, pues si Cristo no pudo salvarse de esa voluntad sangrienta, yo mejor me resigno. Y si J. Saramago piensa y dice...

No fue Cristo quien hizo de la muerte una devoción y un culto. Resulta que ahora ya no tenemos que defendernos únicamente del lobo sino también del pastor, ya que es sospechoso de complicidad en esta trama azarosa del universo. Esta sospecha es un veredicto propio de nuestra cultura, ávida de pararse sobre lo que sea: Total, así son las cosas, así es la realidad. ¿Perdió ya Cristo el derecho de defenderse o es él, como J, un Dios más que muerde el polvo? ¿Y quién es este J? Es, Joaquín, junto con otros personajes en la historia de la literatura, el protagonista e imagen central de un subgénero que bien pudiéramos identificar como las "novelas de la culpa", cuyos máximos representantes son Fedor Dostoievsky, Franz Kafka y, con su evangelio, José Saramago.

¿Cómo es este J? Un hombre que vive atormentado y cargando una cruz de proporciones universales. Al morir su padre, empieza él con aquellas pesadillas que son, como ya lo habíamos dicho, dignas de la mejor interpretación freudiana. N. Mailer⁵ lo dice de forma muy similar en su evangelio:

⁵Norman Mailer. *El evangelio según el hijo*. 2ª. ed. Trad. de Rolando Costa. Buenos Aires, Emece, 1977. p. 34.

Cuando la muerte de José abrió el sello de mi mente, muchas veces medité acerca de esos niños y de la vida que nunca tuvieron.

Y no hay por qué no decirlo, la culpa de José, de J y de toda la sagrada familia; bueno, de toda la profana familia es, a fin de cuentas, la culpa de Dios. J es culpable de ser el mismo, de ser así y de estar en el mundo en primera instancia, gracias y con el favor de los santos inocentes, inocentes inexistentes que, no faltaba más, tienen hasta un día en el calendario para que las personas sigan restregándose esa idea en toda su alma. Esta culpa es una herencia de Dios; él es el primer culpable. No es tan fácil entrar en estos terrenos porque, bien se sabe, la simiente de Dios fue la encargada de preñar a María. ¿Cómo entonces es José quien le hereda la pesadilla a J? Asunto que puede resolverse si no olvidamos la filiación davidica de ambos, aunque esto no resuelve mucho y estemos más bien inclinados a pensar dos o tres cosas: La simiente de José, más preocupada de sobrevivir, le ganó la carrera a la de Dios, como si pensáramos en conocido film hollywoodense, lo cual también explicaría la mortal rebeldía posterior de su hijo; una osmosis punitiva es difícil, pero en los niños se da de todo, lo cual nos orilla a pensar que el causante de todo esto fue un gen saltarín. No podemos brincaros el slogan racional de la novela: Debemos amarrar bien el efecto a su causa ("dos y dos son cuatro", dice N. Kazantzakis), lo cual no amarró muy bien en esto de la pesadilla, pero de todos modos Dios es culpable y si el efecto es tal, Dios también tiene sus pesadillas provocadas por tanta culpa. Como el mismo J. Saramago ha dicho, cuando respondió a la pregunta que te hice al cerrar el capítulo anterior: Dios es culpable por todo esto *que ni valió la pena*⁶.

Después de enterarse de su origen y sufrir las primeras consecuencias de pertenecer a la estirpe divina, J, como todo buen adolescente, rebelde y dueño de sí, se va de la casa a buscar mundo, a encontrar su destino⁷.

⁶Eliana Galarza. *art. cit.* p. 18.

⁷José Saramago. *op. cit.* p. 214.

Pasados dos días, Jesús se fue de casa. Durante este tiempo, se podrían contar las palabras que pronunció y las noches que pasó en claro, porque no podía dormir. Imaginaba la horrible matanza, los soldados entrando a las casas y rebuscando en las cunas, las espadas golpeando o clavándose en los tiernos cuerpos descubiertos, las madres en locos gritos, los padres bramando como toros encadenados, se imaginaba a sí mismo también en una cueva que nunca había visto, y en esos momentos, como densas y lentas olas que lo sumergieran, sentía el deseo inexplicable de estar muerto, al menos de nos estar vivo.

Digo adolescente, Joaquín, pero quién sabe. La conciencia de la muerte lo hace un adulto joven, un muerto prematuro, lanzado a ir conociendo el mundo, porque como no sabe que dios mezcló su simiente con la de José, no sabe que todo lo sabe o que todo lo puede ir conociendo de forma, digamos, más divina. J es un ignorante y terminará, a pesar de su rebeldía (o de su berrinche), siendo indistintamente un títere de dios o del destino. Su despertar a la vida divina se va dando, sólo después de saber que dios es su padre, de forma paulatina y rescatando o hundiendo su propia humanidad, así va también aprendiendo, lo podemos constatar en las líneas siguientes, su difícil oficio de milagrero, porque un hombre común y corriente necesita cierta práctica o lo que hoy conocemos como *curriculum*. Antes, no hubiera podido hacer nada; su divinidad es un acto de razón. Su divinidad llega de forma vertical, con las consecuencias conocidas de las cuales ya hicimos mención cuando hablamos de Jesús y del Cristo, sin que sobre aquí decir que el mal natural y el mal moral también están, como aquellas, yuxtapuestos a lo largo de la novela. No obstante, tenemos que aplaudirle a J que no se da en el esa perversión infantil de andar usando sus *poderes* como un mago precoz o vengativo, lo cual sí sucede en otros evangelios. J va viviendo sus circunstancias desde su humanidad inconclusa y desde su divinidad truncada⁸.

⁸*Ibidem*. p. 407.

Preguntó Jesús, Y para dónde queréis ir. Ahora bien, próxima al monte, pastaba una piara enorme, y los espíritus impuros le pidieron a Jesús. Mándanos entrar en los puercos y entraremos en ellos. Jesús lo pensó y le pareció que era buena solución.

¡Qué maravilloso poder expulsar demonios sin estar seguro de qué hacer con ellos! El hombre Jesús está perdido. J no es ni verdadero Dios ni verdadero hombre. Aunque quizá con esto nos quiera decir el autor que no hay divinidad o cosa más altamente divina que la cosa humana: Somos dioses. En J va dándose lo divino fuera de su control. Es una voluntad incontrolable, es algo que se da por sí mismo. Es como si el destino de J fuera ser Dios y el destino de Dios fuera estar en la mente de J, quien es el abanderado oficial de toda la delegación humana. Así, y al mandarlo por el mundo, jugando con lo que pudo haber pasado, con lo que está escrito y con lo que realmente le sucede a J. J. Saramago hace de su personaje una especie de Niebla a la manera de M. de Unamuno. El autor hace las veces de Dios y se divierte a placer con J. Dios es el autor, riéndose y moviendo las piezas del ajedrez borgiano. Saramago es más concreto y no sé si por esto mismo más cínico. Y que conste que no estoy tachándolo de pecador: el cinismo es como una herramienta literaria, no como un mal del alma. El autor lo dice así⁹:

Dios hace avanzar y retroceder las piezas de otros juegos que va jugando, es demasiado pronto para preocuparse de este, ahora sólo tiene que dejar que los acontecimientos sigan naturalmente su curso, sólo de vez en cuando dará con la punta del meñique un toque adrede para que un acto o pensamiento sueltos no quebranten la implacable armonía de los destinos.

Creo, Joaquín, que sería menos pesada la idea de un Dios inexistente, que la idea de un monstruo ávido de diversión, ávido de entretenerse con nuestras culpas, con nuestra angustia y con nuestra muerte. Si esto fuera así que bien nos describirían los versos de Vallejo¹⁰:

⁹*Ibidem*, p. 356.

¹⁰ "Estáis Muertos" (Poema LXXV de *Trilce*) en *Cesar Vallejo. Poesías completas*. México, Juan Pablos, 1971, p. 176.

Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quienquiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuisteis. Pero, en verdad vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue. Triste destino. El no haber sido sino muertos siempre. El ser hoja seca, sin haber sido verde jamás. Orfandad de orfandades.

El dios de J abusó hasta de María. Ella fue el prototipo de la esclava ciega y también inconsciente. Finalmente, viéndolo así, era el mismo J quien la utilizaba, pues, junto con la humanidad, reclamaba una forma de poder reconciliarse con su suerte. J es un personaje sin emoción y resignado a su vida, resignado a sí mismo, a ser hijo de Dios. Si no me equivoco, Joaquín, un hombre así ya está muerto y sólo le falta que extiendan su acta de defunción. Él vive cabizbajo, taciturno. En este proceso J esta condenado a su cruz y ni los placeres con la de Magdala le harán olvidar lo pesado de su miseria¹¹.

En ciertas ocasiones, cuando en medio del mar se prolongaban los intervalos entre las maniobras de pesca, siempre necesarias, aunque ahora la pesca fuera fácil y relajada como un bostezo. Jesús tenía un súbito presentimiento y su corazón se estremecía, pero sus ojos no miraban al cielo.

Un aspecto interesante de J es su desprecio por las parábolas. Como éstas nos hablan del Reino, ni se acuerda de ellas. J nos hubiese dicho: "El Reino de Dios es como un hombre que se fue a trabajar a la viña, esperando cobrar lo suyo al final del día, pero el dueño de la viña no llegó. El hombre se dijo: "Regresaré mañana a trabajar y obtendré un pago justo por mi trabajo". El hombre volvió y al ver que el dueño de la viña no llegaba, se fue a buscarle, pensando encontrar al dueño en el camino, mas quedó muerto por siempre en el camino donde andaba. Quien tenga oídos para oír que oiga". Otro aspecto muy, muy interesante de este J, querido Joaquín, es su vida sexual, tan exitosa precisamente con María de Magdala. Pareciera que, para ser un verdadero ser humano y hacer humano real a J, no se puede prescindir de lo sexual, más aún si partimos del hecho de que la carne es lo único que tenemos, bueno, la materia, pues en ella está el

¹¹José Saramago. *op. cit.* p. 401.

principio y el fin, el alfa y el omega, con lo cual se abre otra posible vía de acceso a la obra a través de una antropología saramaica bien definida a lo largo de la novela. J. Saramago hace de la diferencia cuerpo-alma una perfecta ridiculez. Sin más, nosotros somos nuestra materialidad. Nuestra sexualidad como sea que ésta se dé y por llevarse a cabo con una de esas partes de nuestro cuerpo es irrevocable porque esas partes son, como le dijera Pastor a Jesús cuando le sugería fornicar con un animal del rebaño ¹², igualmente cuerpo, y si así se pensara, hecho por Dios (Pastor, o Saramago, no forzaron a Jesús a la zoofilia por aquello de las aguerridas sociedades protectoras de animales y porque no se pensara después que las figuras demoniacas de machos cabrios estaban muy bien pensadas, desprestigiando mayormente a Pastor, pues Saramago no se ocupa de tales mundanidades). No habría que separar, de la forma en la que se hacía en los caravases, ¹³ a niños y niñas, lo cual suponía ya una sexualidad abiertamente pecaminosa, heredada hasta nuestros días. Sin embargo, no debemos ser pretenciosos a estas alturas de la novela, pues Jesús con esos pocos años encima todavía no había dicho: "Hombre y mujer los hizo". Si Jesús aún no tenía en mente tal, es obvio que el autor tampoco.

Lo que me causa tantas preguntas y hace que mi mente se meta en tantos vericuetos es el hecho de cómo fue que teniendo una vida sexual tan activa, no le conociéramos ahí, en la novela, por lo menos un par de criaturas. Una causa de tales magnitudes debió haber tenido efectos de consideración. Tal vez la de Magdala, santa patrona de las sexoservidoras, era muy ducha en esos asuntos de la anticoncepción, ya qué con el simple método del ritmo hubiésemos presenciado el advenimiento de una prole muy numerosa, lo cual, sin duda, hubiera representado problemas técnicos al autor y problemas genéticos a la humanidad venidera. Imaginemos eso: J es un semi-dios. Si une su simiente con María de Magdala, tendríamos un semi-dios que, por las cuestiones cromosomáticas no sería sino sólo la mitad del semi-dios, con lo cual la estirpe divina se iría progresivamente degradando.

¹²*ibidem*, p. 272.

nunca, eso sí (no olvidemos al sabio Zenón), hasta la muerte definitiva, con lo cual, quizá, algún descendiente terminara demandando a José Saramago por difamación. Eso en el caso de tener un hijo varón, pues si se tratara de una semi-diosa, la cúpula eclesial tendría muchos más problemas de los que ya tiene con las feministas y sus instintos ministeriales. No se nos olvide que la cultura religiosa desde aquellos ayeres judíos ha sido machista (sólo se apedreaba a las mujeres, por mencionar algo¹³, de lo cual da muestras claras el comportamiento del primogénito J para con su madre. Es muy posible que este Dios, o J. Saramago, tuviera en mente todas estas posibilidades y, por un santo pudor, decidiera, alguno de los dos, mantener velada la naturaleza estéril de J. Siempre estos asuntos son un poco delicados y requieren de un tacto y de una prudencia especiales, características estas de un buen escritor, no de un Dios.

Así, como en un juego, surgen las críticas al cuerpo de Cristo. Esto también se desprende de la obra y si él desgraciadamente esboza un J con tales o cuales características, nosotros bien debiéramos echar nuestra barbas a remojar. Si se ha tocado la figura de Cristo de esta forma también es sintomático de que hay una ausencia parcial, una ausencia real de cristianismo en el mundo: hacen falta, siempre la han hecho, Cristos que se paren ante la vida y la muerte. No como J, quien precisamente en los momentos cruciales nada pudo hacer, porque nada podría ser hecho en una situación tal, ni mucho menos con una consciencia tal de la muerte, que por eso precisamente la higuera se quedó como si nada. Lázaro no pudo ser resucitado, tampoco lo fue el pobre Judas, cómplice traidor por obligación histórica y el mismo J termina su vida de títere exitoso en la cruz, porque la única verdad que es inamovible y cierta es la muerte y nuestra postración ante ella. Eso ni Saramago ni su dios lo pueden evitar. La novela, al estilo existencialista, inicia con la muerte y termina también con ella; son las dos obscuridades que rodean a la vida: La cruz de antes y la de después, es decir, la de siempre y la de ahora¹⁴.

¹³*Ibidem*, p. 403.

¹⁴*Ibidem*, p. 143.

Pero los ángeles, hasta pudiendo mucho, como se ha visto, llevan consigo ciertas limitaciones de origen, en eso son como Dios, no pueden evitar la muerte.

J. aunque la resurrección carnal del mismo Cristo ya esté en entredicho dentro de la Iglesia, no hubiera podido resucitar: se habría salido de los esquemas archifijos de su persona humana, de su carne y como en nuestra pobreza solo esperamos en la carne.... todo lo que se extiende más allá de esos terrenos es una tontería, pues no está dentro de los esquemas racionalistas de la causa y el efecto, como dice Saramago. La resurrección es un artículo de fe. He mentido: La resurrección es el artículo de fe. Lo dijo Sn. Pablo y aunque no lo hubiese dicho es así. ¿Esta es la razón por la cual J. Saramago ha decidido dejar las cosas ahí? Sí, el juego no podía ir más lejos, para qué si nada se puede probar. Se pide otra vez una señal, mas la señal del profeta Jonás está siempre ante nuestros ojos. Con Lázaro sucede algo muy parecido a lo que sucede en *Sn. Manuel Bueno Mártir* de M. de Unamuno. J no quiere regresar a Lázaro de la muerte, pero aunque pudiera regresarlo, ¿para qué hacerlo? Si de todos modos se va a morir como cualquier pobre: ese es su destino, ¿a qué intentar traerle a compartir un destino lleno de dolor, para qué devolverlo a la escena del crimen? Pudiera ser que con esto quedara resuelto el problema de la paternidad ausente de J: No tiene hijos por no continuar con la cadena de pesadillas y desesperación, con lo cual el hombre J, si tal hubiese sido su oculta intención, habría burlado la aduana omnisciente de dios, de donde podemos también explicarnos por qué siempre andaba tan pensativo: Planeaba su liberación definitiva. Esto elimina en absoluto la posibilidad de ver, en un doblete histórico, a Pastor como profeta incógnito, pues él es quien anuncia a J su paternidad imposible¹⁵, pero él miente hasta con la verdad: no podemos pensar que, mucho menos por ser una profecía express, tenga solidez teológica.

¹⁵*Ibidem.* p. 268.

Después de haber vivido una vida donde hasta sus milagros son una farsa de dios. J muere traicionado. Quiere, como un Edipo cualquiera, escapar a su destino y lo que hace es actuar convenientemente en el drama divino (si así le podemos llamar no por drama, sino por divino): la rebeldía también estaba escrita y era su destino. J es así un Edipo, pero también un Meursault que al entregarse a su rebeldía, se apresura también a su destino. J ni siquiera tuvo que esperar los gritos de odio como lo hiciera el protagonista de *El extranjero*: los gritos lo estaban esperando a él. Y cómo pasar por alto otro parentesco, el del super Zaratustra, ídolo pasajero, aclamado de muchos en la actualidad, quien finalmente, como J, nos trae, no la buena nueva, sino esa especie de *bad news* de la muerte, del impacto de muerte entre la caricaturesca imagen de Dios y los hombres.

J es el símbolo de la humanidad que vive en la no ciudad de Dios, es el anticuadillo, el héroe inútil, el supertonto, el mesías que nunca llegó. Qué amargo saber que nos proporcionan más esperanza todos esos "escogidos", del circo holywoodense: Anekim en la *Amenaza Fantasma*, Neo en *Matrix*, somebody en *Armagedon*, Cody en *La hija de la luz* o John Coffie en *Milagros Inesperados*. La admiración provocada es sencillamente triste. ¿Por qué sí nos dicen algo esos héroes y Cristo ya no? ¿Será la cruz?, mas todos esos católicos o no católicos, quejumbrosos de su fe, festejan o lloran emocionados cuando ese somebody, a costa de su propia vida, salva al mundo del Armagedon, cuando Neo, haciendo gala de una fe más grande que la del propio Abraham, se decide a salvar a Morfus. La suerte de Jesús, ¡qué curioso!, es muy otra. Se le ve clavado en la cruz y se le rechaza porque eso es inhumano o "humano demasiado humano". Quizá el artículo no está pasando por las astutas manos de la mercadotecnia. No sé si tenemos que decir que Cristo ya no es más un artículo de primera necesidad. Si lo fuera, J saldría muy mal parado y la crítica, terminaría diciendo: "Genial, pero se ha ido muy lejos. Eso es demasiado". Si aceptamos la obra no es porque sea revelación o porque venga de otro

mundo: la aceptamos, la aplaudimos porque surge en unas condiciones confrontantes en las cuales hemos perdido *arrastre*: sucumbimos ante la seducción del mundo, del hoy. Y si digo mundo no es por que la palabra de Cristo sea el alimento de una religión espiritualista, no, por favor. Esto ha sido un ataque constante del sistema: A los cristianos hay que recluirllos en el templo, ahí que vivan su religión como en el tiempo de las catacumbas, como en el tiempo de la censura mortal del imperio (hoy no es muy diferente). Tenemos que decir que no profesamos una religión de los adentros, del interior, ni una religión del corazón, ni de los sentimientos. De esta forma, el exterior podría desmoronarse y qué. ¿Qué, si a fin de cuentas los cristianos tenemos a Dios en el corazón? ¿No se ve a altos funcionarios eclesiales capotear fallidamente las embestidas del toro oficial cuando se está lidiando sobre estos terrenos?

Regreso a lo anterior. Llamo mundo no solo a las realidades materiales, sino más bien a todo aquello que, pudiendo ser causa de coincidencias, es motivo de rupturas. Por esto, la cruz de J le pertenece al mundo y es incapaz de darnos una respuesta. A su vez, el calvario de J es otro terrible síntoma (y puede ser la enfermedad) de la reflexión teológica, en la cual, quiéralo J. Saramago o no, está inmersa la novela, reflexión que, pretendiendo salvar al cristianismo y a la historia, quiero decir, al mundo en su acepción más amplia y de una sola vez, dio una superestimación a la vida presente, lo cual de nuevo puso a esta criticada religión de frente al sempiterno problema de la retribución. No olvidemos que, para nuestros padres judíos, el mismo Jesús, por morir en la cruz, muere como un maldito de Dios: es un pecador a quien Dios ha castigado. En el caso de J, la muerte en cruz es más patética, pues está más cerca del premio que del castigo. El Dios de aquellos quiso por momentos ser un juez: el dios de J no es un juez: es un mórbido verdugo. Y nosotros, al superestimar la vida terrenal, cargamos, sin darnos cuenta, con la sospecha de una posible culpa purgada en estas condiciones sociales, económicas y culturales. Si hay bienestar es

porque Dios se hace presente y si no es un animal enfermo de idiotez que no ve, no siente, no oye, no habla y si se mueve es porque algo le hemos hecho, entonces arremete contra nosotros como fiera provocada. J es victimado por este dios de la teología natural, con él que se pacta, se comercia y se intercambia cualquier mercancía. Así también nuestra cultura del consumo alienta aún más nuestra respuesta religiosa del cuánto te doy, cuánto me das Dios mío. Si no hay más que un hoy, una vida, cuando la Magdalena nos abre las piernas como alas de paloma, qué digo de paloma, sus alas de águila real, nosotros, "J's" de materialidades, nos trepamos en el vuelo, aunque bien sabemos que a nuestra águila se le debilitaran las alas y nos dejará caer en el vacío. El hoy temporal es importantísimo, pero no más que el hoy eterno. Si nos enfrascamos en el hoy de este mundo, fue porque, pretendiendo una inculturación y un rescate de las posibilidades concretas del cristianismo y del mundo en sí, nos dejamos seducir por los "J's" que no tienen otra cosa que este hoy, al cual intentan salvar con actos heroicos y desesperados. Cristo vive en un mundo urgido de hoy, pero sin esperanza: vive también en sus hermanos urgidos de hoy, pero olvidados de la eternidad. Ya hasta hemos aprendido a decir: La eternidad es hoy. Nos quisimos hacer cristianos muy abiertos, tanto, que fuimos abriendo la circunferencia hacia ambos lados, sin darnos cuenta lo poco que nos quedaría: Una línea delgada donde poder caminar, una línea delgada como el ojo de una aguja.

Joaquín, esto es lo que me ha parecido más importante de subrayar. A mí entender, todas estas cosas se desprenden de la hermenéutica del evangelio saramaico. Tengo esta pregunta: ¿Te parece que hay alguna influencia de la antropología de Javier Zubiri en la concepción y hechura del hombre J? Gracias y hasta la próxima. Te pido una oración por mí.

Miguel:

¿Qué tal? Espero ya estés mejor. Siempre cuentas con mi oración. No necesitas pedirla ni agradecerme por ello. Me alegra saludarte y continuar con nuestro trabajo.

Hay algunas relaciones y reflexiones tuyas en este capítulo que realmente me ponen a pensar, no por su contenido, porque me parecen adecuadas, sino por cómo se van dando en tu tesis. No creí que de verdad te fueras a salir así de ciertos esquemas y líneas de trabajo para entrar con un tipo de visión tan personal, pero ahí vas. Sigamos con el mismo ánimo.

Del Jesús que me atrae: Desde que leí *La última tentación de Cristo* y le hicieron película a Kazantzakis, siempre estuve de acuerdo con aquel artículo de I. González Faus que salió hace muchos años. Ahí, se hacía una observación muy pertinente: La última tentación de Cristo tuvo una vinculación muy fuerte con el asunto de la ambición y el poder, no con el amor. Pascal decía que estas son las dos pasiones más fuertes del hombre.

Jesús está tan clavado en el asunto del reino que, como decía **un** revolucionario, no piensa ni necesita mujer. Jesús estaba tan, tan clavado **en** lo del Reino, que, cuando pensamos en la Magdalena, debemos reconocer que era su amiga, pues lo era, pero no había algo más como para **hacernos** pensar en situaciones como las que tú describes en este capítulo, ni **mucho** menos para reactualizar el "Cantar de los cantares" de la forma en la **cual** J. Saramago lo intenta en su evangelio. No estoy diciendo esto de **forma** puritana. No es escándalo para mí, ni motivo para rollear con un **sermón**. Yo no digo: Jesús reprueba el ámbito sexual y afectivo. Al contrario, **Jesús** aprueba la vida de pareja por ser un espacio donde se da un **encuentro** humanizante entre dos personas, entregadas el uno al otro dentro de **un** proyecto. Todo esto Jesús no lo desprecia de ningunísima manera. No, esas formas de pensar son de relecturas que se hacen, incluso de teologías **como** las de Pablo o el mismo Mateo. Este insistir tanto en lo sexual debe **leerse** desde los condicionamientos propios de cada cultura. En nuestra **sociedad**, el hombre Jesús, al verle como hombre, es muy repulsivo sin mujer: algo **le** falta, pero él no fue hombre de una cultura como la nuestra y tampoco **fue** modelo dentro del judaísmo. A mi parece, por eso digo que **no es** puritanismo, que la bronca real de Jesús estaba en el poder, en su visión **del** Reino: "¿Como le voy a hacer? ¿Por dónde ir? ¿Se debe o no tomar las armas? Y si sí o no ¿cuáles son las broncas?" Creo que esto pasó **por su** mente. Eso me parece superclaro y es la verdadera última tentación. El "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado", apunta **concretamente** hacia su visión del Reino. "Me estoy muriendo y el Reino no ha **llegado**. Estoy en la cruz y no llegó". La reflexión es mucho más reveladora por **este** lado. Por lo menos, así lo percibo.

Me gusta lo que dices, al principio de tu tesis, con respecto al **rollito** este de arrepentirse ante un presunto fracaso. Hay, sin embargo, algo más de fondo. Al "Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado", que el Jesús de Saramago no podría haber entendido, se le puede llegar por **dos**

lecturas: Una de ellas, de los más radicales, dice que Jesús no terminó de leer el salmo, no llegó hasta el final del salmo 22: se quedó al principio, en el fracaso del Reino. La otra lectura es la de los que pensamos que si leyó el salmo de punta a punta, por completo, con lo cual entendió Jesús que las cosas no se quedaban ahí: Si hay Reino.

Con lo que respecta a Zubiri, no creo que pueda haber, aunque pareciera que sí, una influencia en el Jesús de Saramago. No estaríamos hablando tanto de Zubiri sino de Sobrino, quien insiste en que Jesús se fue haciendo hijo de Dios, lo cual fue tachado de herético cuando publicó precisamente su *Cristología desde América Latina*, obra de la cual ya hiciste mención. Decir: "Se fue haciendo" quiere decir que no lo era al principio sino hacia el final. Sin embargo, eso tiene un sentido más hondo, más humano dentro del hombre Jesús. Saramago quiere dar señales de ello, de algo en gestación, con la pequeña salvedad de hacer a un lado todo el desarrollo de un proceso tan real como preciso y delicado en el cual Jesús fue creyendo, es decir, se hace la burla a este camino por el cual Jesús accedió a la obediencia filial. En el hombre Jesús, al ir pasando su tiempo histórico, se va dando un proceso de crecimiento en la fe, por lo cual, al principio del capítulo 12 de Hebreos, llega a decir que Jesús es el pionero y consumidor de la fe. Se dice todo con esa frase de "pionero y consumidor". Casi nadie se atreve a creer en la fe de Jesús: se tiene fe en Él, pero nadie habla de la fe de Jesús. Saramago si entra en esto, mas la entrada la realiza por la puerta de salida. Esto de la fe de Jesús parece herético pero no lo es. Pablo en Filipenses lo dice claramente: "Semejante en todo a nosotros". Tuvo todo lo de un hombre, pues era un hombre y no es disparatado pensar en sus crisis porque efectivamente las tuvo. Saramago maneja estas crisis muy a su modo. Cuando Jesús despide a la adúltera se queda dudando. No es un paralelo exacto con lo que yo te digo, pero si ejemplifica. No se puede establecer un paralelo a este propósito porque este J está completamente volcado hacia sí mismo, vive una especie de

ensimismamiento más o menos fuerte. batallando a su vez con un dios de manos muy, muy largas. El Jesús histórico claro que tuvo crisis y dudas fuertes. No hace falta ser un especialista de toda la vida para darse cuenta de ello. Jesús no veía pasar aquella generación sin la llegada del Reino y éste no llegó. Lo que si llegó fue el año 70.

¿Qué puedo yo rescatar del Jesús saramaico?

Algo muy positivo que también está detrás de este rollo del evangelio de Saramago es que J representa a una humanidad deseosa y bien dispuesta a rebelarse en contra de ese Dios. Eso es necesario y apunta hacia una rebelión seria. El riesgo está en que al rebelarse en contra de ese Dios, uno se olvida e ignora por completo la causa y objetivo de nuestro despertar. Es una idea torpe el enemigo real. La rebelión, sin saberlo, es en contra de tal o cual idea de Dios. Al intentar abandonar a una divinidad así, abandonamos todo lo que significa lo divino, porque en nuestra mente sólo está identificada con una idea; es nuestra idea errada, nada más. Sin embargo, el abandono es parejo, cuando lo realmente digno de abandono son todas nuestras torpes creencias. Rebelarse sí, como J, pero primero en contra de uno mismo y en contra de esa pesadilla mal nombrada Dios.

Miguel, por esta vez, es todo. No te retardes mucho con tu próximo capítulo: lo voy a estar esperando. Procura mantener la línea que hemos tenido hasta hoy. Ánimo.

Joaquín Crespo G.

Saramago y el canon

Cuidad que nadie os engañe.
Porque vendrán muchos en mi
nombre, diciendo: "Yo soy el
Cristo", y engañarán a muchos.
(Mt. 24, 5)

Muchas gracias Joaquín. Opté en esta ocasión por iniciar así: "¿Por qué me has abandonado?", dice un adolescente deprimido cuando empieza a enfrentarse a la vida ya sin su padre terrenal. J si que leyó sólo el principio del salmo, quejándose por él, por su origen y por su suerte toda, volcado hacia dentro, sin ni siquiera sospechar la existencia de un Reino del que sólo se acordará por instinto "divino" muy, muy cerca de su muerte, cuando tardíamente empieza a predicar, no sólo al final de su vida, sino al final de la novela. Puede ser que J se hubiera encontrado en sueños al Jesús de N. Kazantzakis y le adiestrara diciendo: El reino de Dios está dentro de ti, en

tu corazón, que no es sino el reino del evangelio apócrifo de Tomás, del cual ya dijimos hicieron toda una película. Las lecciones de la sinagoga no le sirvieron de mucho, dejando muy mal parados a quienes en verdad fueron sus maestros ahí y en la santidad: Los fariseos, quienes por diferencias posteriores habrían de sufrir los embates de su propio discípulo. Tampoco sirvió de gran cosa la instrucción de los santos de Israel, pues pronto abandona el hogar, olvidándose de varios puntos muy importante de la ley: Hacer justicia a la viuda. En este caso la partida fue doble porque la viuda era su madre. Los fariseos se vieron desplazados por la figura deslumbrante de Pastor, quien fue más compañero de él que su mismo padre. Este adolescente también es una contradicción: Es psicológicamente un joven muy contemporáneo a nosotros, pero culturalmente muy lejano: Sufre de personalidad atemporalmente doble.

¿Que podemos decir de la postura de J. Saramago frente al canon? Primero, que no hay canon, el canon bíblico, bueno, si lo hay para unos, mas para él eso es irrelevante y *quod scripsi, scripsi*. Se oyen magnífico en latín las palabras que Pilatos pronunciará cuando respondió al reclamo de los judíos por la inscripción puesta en la cruz. Suena lindo, ¿o no?, pero cuánto problematiza, ya que muy bien pudiéramos pensar que lo escrito en la Biblia, por el hecho de estar ahí, marca un destino, una noción de verdad, aunque, de hecho, se hayan podido escribir otras cosas en su lugar, las cuales, en tal caso, serían los cimientos de otro destino y de otra verdad. ¿Fatal? No tanto, si pensamos que también el evangelio saramaico está escrito sobre estas bases

Especulemos un poco: Si todos los evangelios, hasta los modernós, desaparecieran de la faz de esta tierra, sin dejar vestigio alguno, quedando únicamente el saramaico, este sería nuestra referencia inmediata, la de primera mano, la base y fuente, casi, casi, el original, bueno, *original* no ha dejado de serlo, a menos que alguna copia pirata alterara algunos datos.

como pudiera ser el número de hijos de María, disminuyéndolos en un intento de colaborar con las campañas de planificación familiar, pero hasta hoy no ha sido así. Decíamos que este *Evangelio según Jesucristo*, según J. Saramago, sería una referencia inmediata, aunque la imaginación se niegue a ver destruido cualquier vestigio de los evangelios, ya que tenemos los misales, todos los devocionarios, etc. Y quien leyere esta fuente, sin tener noción de nada, asentaría ahí no su fe, quiero decir sí su fe, pero su fe en la nada. ¿Y sólo por el hecho de que está escrito? Más difícil de imaginar es la destrucción de la memoria humana (aunque hoy suceda de todo). No obstante, como el autor lo hace ver en su obra al jugar con la gama abierta de las posibilidades de su imaginación, él mismo pudo haber escrito otra cosa, diciendo algo similar a los evangelios canónicos: los personajes pudieron haber actuado y dicho de otra forma¹:

Un ángel realmente merecedor de ese nombre podría haberle ahorrado al pobre de Jesús esta agonía, bastaba con que se le apareciera en sueños a los padre de los niños de Belén, diciendoles uno a uno, Levántate, coge al chiquillo y a su madre, escapa a Egipto y quédate allí hasta que te avise, pues Herodes buscara al niño para matarlo y de esta manera se salvaban los chiquillos todos.

Mas no, no se escribió así. No quedó asentado ni como sucede en el evangelio saramaico ni como en el pasaje anterior, lo cual no representa ninguna diferencia digna de consideración para el autor. Volvamos a nuestras especulaciones. Si tal sucediera y no tuviéramos algo más que el texto saramaico (nótese la autoridad, la antigüedad dadas por este adjetivo), no se haría canónico, aunque fuera el único, pues junto con los vestigios debería morir también toda la comunidad, si así no fuera, no podría hacerse vigente, ya que la comunidad, es la sostenedora, receptora, fijadora y transmisora de la tradición. No sería el clero, esa entidad abstracta que a tantas manipulaciones se presta, sino las personas concretas y comunes quienes dirían: "Esto no refleja nuestro credo, esto no es nuestro

¹*Ibidem*, p. 143.

Dios", aun si en sus hábitos siguieran sosteniendo prácticas y actitudes penitenciaras muy del tono de este evangelio.

Esta crítica de J. Saramago al canon, a lo que la Iglesia dice, lo vemos a su vez reflejado en la cinematografía reciente, en cintas como *Estigma* y, más recientemente, en *El cuerpo. Estigma*, por ejemplo, tomando un vulgar versito del evangelio apócrifo de Tomás, evangelio escrito en copto, precisa y únicamente para un pequeño e insignificante grupo de iniciados, presenta una cúpula eclesial temerosa de que se vean descubiertas palabras de Jesús que terminarían por sacudir y derrumbar desde sus cimientos las estructuras eclesiales. No sobra agregar aquí que ese evangelio ha sido puesto a la disposición del público mundial en la Internet y que fue la Iglesia quien lo "subió" a la red sin ninguna pretensión de esconderlo, pues el libro de la B.A.C. donde también estaba publicado, pudiera ser que no cubriera la demanda de tanta solícita curiosidad. Ese evangelio, como le sucedería al saramaico en nuestra especulación, no entró en el canon porque simple y sencillamente no reflejaba la vida de las primeras comunidades, su núcleo fuerte de credo y experiencia espiritual: las primeras comunidades no lo usaron. Así, la crítica del autor, implícita en su obra, sería acertada si los evangelios fueran pura y llana literatura sin un correlato efectivo en la vida, si fueran pura invención, con la intención de ser eso, lo cual es lo que realmente representan para el autor: La historia de una justificación, la justificación de que Jesús es el Cristo resucitado. De esta forma, los evangelios canónicos, los apócrifos, el saramaico junto con esas otras versiones modernas de la vida de Jesús no valdrían unos más que otros, pues son acercamientos, perspectivas, nociones y visiones de un Jesús tan histórico como espectral. Los evangelios escritos en el primer siglo tendrían la ventaja de ser fuente y monumento cultural para los escritores contemporáneos, sobre usos o costumbres, aunque, bien lo sabemos, no son las únicas fuentes para ello.

Cuando vemos como J. Saramago se acerca a los relatos evangélicos canónicos, nos da la impresión de hacerlo así como jugando con el conocimiento del destino de J. del destino por todos conocido: se escribe así porque ha sucedido así, más o menos así. Todos nosotros lo sabemos. Los que escribieron, que tampoco fueron individuos únicos, no andaban con una cámara, un micrófono, una grabadora, lápiz y papel, persiguiendo a Jesús para lograr la mejor nota posible como si lo imagina N. Kazantzakis. Los evangelios ni fueron, ni pudieron haber sido escritos sobre la marcha, como un diario regular o como una agenda que se va cumpliendo día a día: Como tú me comentaste, nadie le gritó a Jesús: "Hey, Jesús, ¿hoy qué te toca, milagro o parábola?"

Quisiera, si me lo permites, regresar al punto del *quod scripsi, scripsi*. Esta frase no sólo nos da la pauta para pensar en una posible arbitrariedad de los datos: hace pensar también en lo escrito como un dictado hecho hacia el futuro, el cual acabaría por adecuar la realidad a una serie de pretensiones y premisas escritas tiempo atrás. Así adecuamos el presente y lo hacemos pasado actualizado, pero así también adecuaron su presente quienes interpretaron que eso que estaba escrito sobre el mesías, se refería a la persona de Jesús. De esta forma y según J. Saramago, hubo quien, antes de sujetar sus ideas a la realidad, sujeto la realidad a sus expectativas y la moldeó de tal forma que todo cuanto conocemos del "fenómeno" Jesús es un poco de suerte, ideas, coincidencias, prejuicios, historia y literatura. No obstante, todo esto es también, genialmente escrito, el evangelio saramaico. Así como el pasado religioso de Israel fue criando y creando por revelación, poco a poco, la figura de un libertador refulgente², nuestro pasado arquetípico, construido sólo y a partir de una resurrección, de un evento fundacional, mítico, ha moldeado a su vez un futuro. Nuestro hoy, nuestros hábitos, penas, actitudes, todo, tienen allá su cuna y sólo pueden ser entendidas si nos acercamos a eso que está escrito, a las fuentes mismas³.

²José Croatto. *op. cit.*

³Jose Saramago. *op. cit.* p. 61.

Al cabo, dispuestos los asnos en el comedero, se sentaron los viajeros a cenar, empezando por los hombres, que las mujeres, ya sabemos que en todo son secundarias, basta recordar una vez más, y no será la última, que Eva fue creada después de Adán y de una costilla suya, cuando aprenderemos, que hay ciertas cosas que solo comenzaremos a entender cuando nos dispongamos a remontarnos a las fuentes.

Por supuesto que sin importar si las fuentes son lógicas o no o si recogieron esto y no aquello. Damos fe de lo que está ahí asentado, pues lo leemos desde la justificación nuestra y del escritor en su papel de escritor verosimil⁴:

Y también dicen que es este el proceso narrativo que mejor sirve al siempre deseado efecto de la verosimilitud, pues si el episodio imaginado y descrito no es ni podrá convertirse nunca en hecho, en dato de la realidad, y ocupar lugar en ella, al menos ha de procurarse que pueda parecerlo, no como en el presente relato, en el que de modo tan manifiesto se ha abusado de la confianza del lector.

Joaquín, quizá también Marcos, Mateo, Lucas y Juan abusaron de un jalón de nuestra confianza y nos presentaron a un vulgar carpinterito nazareno con dotes divinas para poder realizar la difícil tarea de acaudillarnos por este valle de lágrimas, dirigiendo nuestros pasos con el ejemplo de la cruz y la muerte, pues estaba escrito y así debía cumplirse: la escritura no puede mentir: Es la palabra, la fuente sagrada de la voluntad de Dios.

En lo que se refiere a la perspectiva que Saramago tiene para construir su propio evangelio, no resulta muy problemático afirmar que *El evangelio según Jesucristo* tiene sobre sus páginas la convivencia de varios evangelios, antiguos o modernos y del suyo propio. Diremos que es un

⁴*Ibidem*, p. 252

evangelio ecléctico, complicado. Veamos en seguida que en el apócrifo "Protoevangelio de Santiago"⁵ encontramos el siguiente pasaje, en el se puede notar aún con más claridad que en los evangelios canónicos, la similitud de los momentos, digamos, de revelación o de directa intervención divina. Entre ese evangelio y el saramaico, se debe notar como, a diferencia de los evangelistas, estos instantes, tanto natural como temporalmente, cobran un sentido más bien mágico y trascendentalista, características estas de un dios muy antojadizo, peor aun que mujer preñada.

Y yo José avanzaba, y he aquí que dejaba de avanzar. Y lanzaba mis miradas al aire y veía el aire lleno de terror. Y las elevaba hacia el cielo y la veía inmóvil y los pájaros detenidos. () Y yo contemplaba la corriente del río, y las bocas de los cabritos se mantenían a ras del agua y sin beber. Y, en un instante, todo volvió a su anterior movimiento y a su ordinario curso.

Esta naturaleza suspensa, mágica, es propia del evangelio saramaico, en el cual los elementos naturales, sin perder su esencia, no pretenden, como sucede en los canónicos, ser sólo metáfora, sino también historia. Esta es, a mi entender, una crítica seria a todos los elementos irracionales de las escrituras y de la fe. ¿Cómo pudieron haber sucedido cosas así? J. Saramago no lo cree por que sea absurdo; lo escribe porque son ideas y prejuicios absurdos. En el evangelio saramaico, el mensaje "teológico" (¿antiteológico?) está ausente y divorciado de los elementos concretos con los que se narra. Comparemos, Joaquín, el siguiente pasaje, también del "Protoevangelio de Santiago"⁶, con los momentos en los cuales, el cielo, el humo y las nubes anuncian un acontecimiento especial en la vida de J.

Y llegaron al lugar en que estaba la gruta y he aquí que una nube luminosa la cubría. Y la nube se retiró en seguida de la gruta y apareció en ella una luz tan grande que nuestros ojos no podían soportarla

⁵"Protoevangelio de Santiago" en *Evangelios Apócrifos*. Introd. y notas de Carlos Zesati E. México, CONACULTA, 1995. p. 27.

⁶*Ibidem*, p. 28

Me parece que una de las dificultades que presenta este evangelio tiene su base en que Saramago si ha querido escribir algo más semejante a una biografía, por así llamarle y los evangelios canónicos no tuvieron esa pretensión. Saramago se mueve más en la historia humana de J, con los problemas de los que ya hemos hablado: los evangelios se mueven dentro de un trasfondo teológico. Saramago va descubriendo, en posibles acontecimientos, triviales o no, de la vida de J, los nuevos orígenes de la tragedia, de la tragedia cristiana: los evangelistas, a partir de una experiencia profunda de fe, como lo fue la resurrección (haya sido ésta como haya sido), recogen la revelación. Estos últimos van de la vida a la memoria y de ésta al escrito.

Así también, en la "Historia copta de José el carpintero"⁷, el padre adoptivo de Jesús tiene una serie de hijos con una mujer que no era María, antes de desposarse con ésta. Esos hijos fueron Juda, Josetos, Jacobo, Simeon, Lisia y Lidia, quienes fueron adoptados por María. El evangelio saramaico, con sus pequeños cambios, es muy semejante a aquella narración⁸.

No era extraño en María, pues ya se sabe como son los embarazos, y más siendo tantos, acaban por agotar a una mujer, poco a poco se le va la belleza y el frescor, si los tenía, se marchitan tristemente la cara y el cuerpo, basta ver que después de Tiago nació Lisia, después de Lisia nació José, después de Jose nació Judas, después de Judas nació Simón, después Lidia, después Justo, después Samuel y si alguno más vino, murió pronto sin dejar registro.

Parece ser que si podemos hablar de cierta similitud, sólo que aquí María es la madre de toda esta multitud y Jesús es el hermano mayor, caso contrario al de esta historia copta. De hecho, aquí podemos ver como resulta difícil situar al evangelio de J. Saramago dentro de un eclecticismo formal, pues más que formal es accidental, ya que el autor no está tratando de construir un cuerpo sólido con los aportes más consistentes de las

⁷*Ibidem.* p. 330.

⁸José Saramago. *op. cit.* p. 148.

diversas fuentes y si lo hace, asume un actitud muy frecuente al momento de interpretar "lo escrito": Seleccionar arbitrariamente, como en el caso de la cinematografía los pasajes que mejor cuadran para un propósito determinado. Este propósito, si lo comparamos, por ejemplo, con el evangelio de Marcos que tenía en mente y mano demostrar la filiación divina de Jesús, es más humano, humanísimo: en el evangelio saramaico se pone énfasis en la dimensión humana de J con la mira puesta en el Cristo. La insistencia se da, pero, como sucede con el episodio de los pájaros cuando J está con Tomás⁹, episodio característico de los apócrifos, hay siempre ese brinco muy evidente hacia una determinada concepción del Cristo de la fe. A mi parecer, es de tal magnitud este aspecto que se puede ver la novela como otro gran mito fundacional, como otra gran metáfora de la vida humana. Supuestamente, J viene a este mundo a cumplir con y por obra de la voluntad de dios, a todos nos sucede así: J hereda una culpa impersonal, una responsabilidad, un destino y si nadie dice otra cosa, a todos nos sucede igual: J vive y muere tratando de afirmar su voluntad de hombre, pero, como nosotros, no logra escaparse. Esto último no sólo es a nivel de historia personal de todos y cada uno de los vivientes: algún día la especie toda enfrentara esa realidad si los inventos, descubrimientos y huidas no se dan con más rapidez. J nos dice así mucho del hombre de hoy, del hombre que quiere romper, lo más pronto posible, como tú ya lo dijiste, las amarras de todos sus fantasmas inconscientes. Esta construcción, artificiosa, no lo niego, que hemos hecho con el evangelio saramaico no lo podríamos hacer con los evangelios canónicos. Si la intentamos, como fuera, sería una burla (burla para el maltratado J). Cristo es presentado, en el fondo, como un hombre libre: "Nadie me quita la vida, yo la doy libremente". La vida, dice, no la muerte. El pastor da la vida por sus ovejas, no como J que le entrega su oveja al monstruo glotón de los altares. Es muy cierto lo que le reprocha Pastor, el Satán, después de enterarse que J ha sacrificado la oveja: "No has aprendido nada"¹⁰. A quién le podría decir J: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido"

⁹*Ibidem*, p. 458.

¹⁰*Ibidem*, p. 304.

(Mt. 15.6) ¿A quién? ¿Hay alguien que pueda alegrarse con J? Volvamos a lo de la metáfora. Lo que le pasa a J, visto desde ahí, le pasa a todos, quieran o no. Lo que le pasa a Cristo, también visto desde sí mismo, no por fuerza es para todos: la cruz es opcional: "Si quieres venir en pos de mí..." He dicho cruz y escucho la queja: ¿En qué quedamos con lo de la cruz? Conozco la definición de cruz que tú, Joaquín, me dijeras alguna tarde. Esta definición ya la mencioné pero informalmente: dice así: La cruz son todas nuestras alegrías y nuestras tristezas cotidianas y, si hay algo en medio sin pena ni gloria, también eso es cruz. En otras palabras, la cruz es la vida. Si la cruz es opcional, la resurrección no lo es menos. ¿Habría quién quiera acostarse con la novia de otro en el lecho nupcial cuando la novia siempre fue detestable y horrenda, cuando la novia ya ha entregado sus primicias? Sí, quizá sí: Los cobardes.

No hay por que comparar así a Cristo y a J, aunque los he comparado en su propuesta, no en su esencia. No obstante, me permito una última comparacion: En el momento decisivo, lo que J quiere apurar, Jesús trata de detener: "Si es posible aparta de mí este cáliz". Afirmación esta de un hombre que no quiere el dolor, que no anda detrás de la muerte: "Mi corazón está triste al punto de morir". Dolores de muerte antes de la muerte, dolores de quien no quiere morir, de quien ama la vida como don primero e irrevocable. Cristo no dijo: Crucifiquenme, sino: He venido a llamar a las ovejas perdidas de Israel", no a sacrificarlas como J: dijo: "Tu lo has dicho" y por último: "Perdónalos porque no saben lo que hacen" Enunciado emblema de la mejor y más consistente de las revoluciones, la revolución de amar y perdonar a nuestros enemigos, revolución del espíritu, nunca de la bestia homínida o de un chango intelectual y egoísta.

Parto de aquí hacia otros rumbos de lo canónico. Si Cristo no ha ido a presentar su solicitud de pena capital ante el Sanedrín, ¿quién de los mártires ha ido a tocar la puerta del verdugo pelando los dientes de

satisfacción? Digo: ¿Quién? La letania de mártires que presenta J. Saramago, perdón, no la letania, el rosario entero de hombres y mujeres que murieron por afirmar que Cristo era su caudillo, tal como hizo Jesús con su Padre, es muy lamentable, pero para el mundo que los ha asesinado, "con lo cual atestiguáis contra vosotros" que sois los hijos, los hijos espirituales, qué digo hijos espirituales, los hijos del phylum, las crías de quienes asesinaron a los profetas. ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros padres! [Que por su fe no creyeron] ¡Guías ciegos que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Sois raza de víboras! (Lc. 11.49-51)

Para nosotros el reto es darle a esa religión del morbo, del santito y de la imagen un sentido de plenitud, ya que la crítica del portugués no está errada del todo. "El diablo no tiene razón, pero tiene razones" (no se me vaya a condenar por esta última frase, que no es ni mía). Porque oímos que la sangre de los mártires constituye los cimientos donde descansa la Iglesia o que "el martirio es lo mejor que hay para difundir una creencia y enfervorizar una fe"¹¹ y eso es serio, ya que el sentido real se nos escapa, quedándose en nuestra mente el dolor, la sangre, la muerte. Esa frase nos da a entender, si no me equivoco, que los verdaderos cristianos, los de abolengo, son indispensablemente sufridores y de prosapia. Los mártires son modelo de cristianos perfectos, así lo atestiguan siglos y siglos de tradición. Con ellos se comete el mismo error que con Cristo, pues se les reduce a su muerte, sin ver el largo y ancho de sus vidas. Por otra parte, ningún mártir ha gozado, ninguno de ellos ha dado muestras de un masoquismo sicótico. Son modelos de perfección, de autenticidad, de transparencia y dignidades sin precio, a prueba de todo, como sus valores que pasaron tranquilamente la prueba ficticia de una duración incierta, sustentada no en lo que hoy es y mañana quién sabe, sino en la eternidad misma. Entiendo yo lo irritante que pueden ser, porque han mirado hacia delante para contemplar la eternidad, porque han aceptado la verdad de ser hijos y eso el mundo no lo soporta. ¿Cómo va a soportar perder lo único que

¹¹*Ibidem*, p. 424.

tiene? Si sólo tengo esta vida, en verdad soy el más desdichado de los mortales. Estos martires estaban casados con la novia en la salud y en la enfermedad, aceptando el riesgo de declararse cristianos. No como esos cínicos que no pudiendo vivir unos cuantos años terrenales con la novia, piensan que sí podrán y deberán hacerlo por toda la eternidad: Si no hay infierno, no hay problema, pero tampoco habrá gloria: habrá una nada.

Ahora bien, ya hemos hablado del canon bíblico y aunque hemos mencionado ciertas cosas de esos otros evangelios modernos, aún no decimos esas otras cosas que me parecen muy singulares de estas vidas de Jesús. Los evangelistas modernos son distintos en su manera de elaborar, de escribir, de narrar, pero no lo son tanto si le hacemos un close-up a sus obras para ver que si tienen coincidencias muy notables en puntos que, por otra parte, ya le hemos señalado al evangelio saramaico. Una primer característica común, donde N. Mailer, N. Kazantzakis, J. Saramago y E. Renan se dan la mano, es en su exquisito anticlericalismo, en lo cual comparten créditos con la cinematografía contemporánea. Hay una confrontación muy abierta en contra de lo institucional. La cultura del templo, la Iglesia y su verdad parecen estar estorbando en el camino de Jesús. Una cosa es pues el hombre Jesús y otra muy distinta esos buitres con los que se identifica sobre todo al catolicismo. Se exige, detrás de todo esto, una Iglesia pura que de señal de ser la portadora de la verdad, así como a Cristo se le pidió una señal, así otra vez. Mi pregunta sería: ¿Qué Iglesia, qué culto o institución humana son puros, cien por ciento puros? ¿Las Naciones Unidas? ¿La masonería? ¿El Islam? Otra vez aparece el reduccionismo: La verdad reducida a la pureza y la experiencia cristiana a Roma y ésta a ciertos curas. Unos quieren un cristianismo del templo hacia dentro y otros nada más hacia dentro, sin casa siquiera. A este paso, para ser cristianos se va a necesitar de la tecnología de punta para que nos dé un desierto virtual a cada quien donde podamos ser anacoretas, cada cual con su propia versión de acuerdo al programa seleccionado y sin la corrección

fraterna a la cual nos invitó Jesús. Después de esa relativización viene el aniquilamiento.

Vayámonos a otro punto. Estos evangelistas parecen estar en una pista donde se pasan la estafeta para continuar con lo mismo. Para saber la actitud que asumen respecto al canon bíblico, solo hay que leer a J. Saramago y ya se sabe que pensaron los otros. En cuanto a la revelación, se muestra que, en J. Saramago, en N. Mailer y sobre todo en N. Kazantzakis, lo humano pareciera estar desprovisto de posibilidades reales dentro de sí para experimentar algo más que un dictado, por lo cual se recurre a otra yuxtaposición: La del mundo sagrado y el mundo profano. N. Mailer piensa que fue una exageración lo que escribieron los evangelistas acerca de la multiplicación de los panes, pero él sí se perdonó escribir que a Jesús le iban y le venían sus superpoderes de títere milagrero, lo cual no es exagerado ¿o sí? Esta imagen de Jesús como puro pretexto de la utilería divina es común a esos evangelios: E. Renán está, en sus intentos desmitificadores, tan preocupado de contextos y circunstancias sociales y humanas que se escapa de esto, aunque no mantiene una línea bien definida en su *Vida de Jesús*, pues su personaje siendo "humano demasiado humano", podía por su temperamento ir más allá de su naturaleza humana y hasta invadirse de instinto divino: quizá se adelantó a su tiempo, pensando que de tan hombre se hacía Dios. Así, el punto de la divinidad de Jesús está en esos evangelios muy grisáceo. Ya vimos que en J se da como por entrega: si nadie le dice, ni se entera que era Dios. Su personalidad de por sí traumada con la recurrencia de tanta pesadilla, sufre del mortal shock de enterarse que es hijo de Dios. La personalidad del hombre J, como hombre, es la de un anormal: está más cerca de la enfermedad que de Dios, lo cual es mucho más notorio en el Jesús de N. Kazantzakis, quien, como J. Saramago, tiene de invitado en su novela al Dios que usa del mal para conseguir un bien. En el asunto del cómo se entera Jesús de su divinidad, N. Mailer no disimula su falta de imaginación, su falta de referentes o su

burla: En el hombre Jesús hay una clara suplantación de un hombre común, por un Hombre-Dios, con lo cual el hombre queda a un lado y también a expensas de lo que su Padre quiera, porque en esto todos esos Jesús coinciden, careciendo de una voluntad libre, la cual sólo está pintada, ya que ellos son meras piezas del plan, carecen de fe o como le dijera el tentador al Jesús de *El Evangelio según el hijo*: "El no tiene dominio sobre si mismo"¹², refiriéndose a Dios y a todo lo que de Él provenga. En esto el Jesús de *La última tentación* no se queda nada atrás: Cuando habla no sabe ni lo que va a decir o no se entera de cómo sucedió un milagro, a lo cual se ajustaron J. Saramago y N. Mailer. Este último, buscando sacarle jugo a la cuestión de los esenios, hace aparecer a Jesús como esenio, ya que para él fueron los más puros, los más santos, los maestros de la perfección. ¿Para qué lo manda entonces a instruirse con los fariseos? En fin.

N. Mailer es de los cuatro quien se escapa de la desazón que tienen los otros tres por la vida familiar. Al parecer, la confrontación con la institución no se da sólo en lo referente a lo eclesial sino alcanza también a la familia. Leyeron, otra vez muy bien, el versículo en el cual pregunta Jesús: ¿Quiénes son mi madre y quiénes mis hermanos? Es necesario sacarlo del hogar, porque seguramente con el mundo abierto es mucho más fácil hacer una novela que en la vida y trabajo diarios en el seno del hogar que lo educó, aunque esto ayude a formar una personalidad que no es propiamente la de una "humanidad normal", usando los términos de Andrés Torres Q¹³. A nosotros nos sirve de bien poco esto, pues en nada se adelanta si queremos encontrar una luz para saber no sólo cómo lo fueron asumiendo los demás, sino cómo se fue asumiendo así mismo. Un camino fue el que recorrieron los demás y otro, más aleccionador para nosotros, fue el que recorrió el propio Cristo para asumirse como Hijo de Dios desde su propia persona y no de una forma trascendentalista y vertical como lo

¹²Norman Mailer. *op. cit.* p. 53.

¹³Andrés Torres Q. *op. cit.*

pintan estos nuevos relatos. Un padre dominico¹⁴ hace un análisis muy interesante y nos muestra a través de la escritura como había en Jesús una clara conciencia de sí mismo. Estos nuevos evangelios, aparte de escribirse con una incertidumbre y contradicciones gigantescas entre Jesús y el Cristo de la fe, tienen respectiva y precisamente por esto un problema serio cuando abordan el encuentro de las dos naturalezas. De esta forma, la naturaleza divina le corresponde a Cristo; la naturaleza humana le corresponde a Jesús, pues a partir de los cuales nuestros escritores logran, por un lado, multiplicar el problema al cuadrado y, por otro, dividirlo entre la nada.

Joaquín, aquí le dejo por esta ocasión. Las preguntas de esta vez tienen que ver con el canon. ¿Qué piensas tú del rollo de lo canónico y cuál fue la preocupación que llevó a revalorar la tradición? Gracias.

¹⁴Francois Deyfrus. *Sabía Jesús que era Dios*. Trad. Jorge López Moctezuma. México, UIA, 1987. 125 pp.

Estimado amigo:

Voy directamente a responder tus preguntas. Los evangelios se viven en comunidad, la comunidad a la que tú te refieres, siempre ha sido así. Se viven en pequeñas comunidades de base y en comunidades más grandes. Algunos me alegarían: "¿Dónde queda el magisterio de la Iglesia? El magisterio es quien lee el canon inspirado por Dios y es quien mejor lo puede interpretar" La hermenéutica es así como una propiedad exclusiva de los jerarcas. No creo que las cosas sean así. Tampoco creo que tenga razón M. Lutero con lo de la libre interpretación de las escrituras, ni estoy de acuerdo con J. Saramago o con los otros porque no se trata de interpretar lo que se quiera. Hay unos criterios para respaldar una interpretación u otra. ¿O qué busca la Hermenéutica? Busca, como decía Pierce, comprender a un autor mejor de lo que él mismo se comprende. Comprender a J. Saramago mejor de lo que él lo hace o comprender a Mateo mejor de lo que él se comprendió. Explico esto de la interpretación con un ejemplo muy sonado: Lee el principio de Mateo 19, puesto de moda hace unos días a propósito de

la boda de Vicente Fox y de Martha Sahagún, que se casaron y estaban divorciados, luego ve lo que dijo N. Rivera de que estaban en situación irregular, etc. Esto lo dijo porque hizo una lectura, una interpretación de un texto, la cual se debe hacer sobre la base de ciertos criterios.

Debiéramos, por otra parte, entender bien lo de "lo escrito, escrito está", lo cual está dentro de un género muy de esos tiempos. Cuando se lee eso, no se debe de tomar de forma fatalista como hace Saramago, aunque él diga que no. Así, las cosas debían pasar fuera como fuera. Jesús tenía que morir y por eso su autor lo pone a morir en su evangelio, cuando bien pudo llevarlo a formar parte del Sanedrín, donde, también iba a terminar muriéndose porque ese es un destino escrito para todos los hombres. Esto nos lleva al rollito de la predestinación, cuestionado desde Calvino. La postura jesuita, más laxa, apuesta por la libertad del hombre. Tú responde, ya lo has hecho, a qué le apuesta realmente el Jesús de Saramago.

Me gustaría recordar a Derrida con el asunto este de que la escritura es anterior al habla, lo cual puede entrar muy bien en esto que nos ocupa en el capítulo presente. Derrida te puede llevar, si no se hace la desconstrucción hasta el final, a dogmatizar la escritura sobre el habla. No se debe perder el dinamismo de esto, porque terminaría sucediendo como con el canon, lo cual te puede llevar a poner el texto escrito como la neta del planeta. Si Saramago escribe como epígrafe la frase de Pilatos, también está ahí el principio del evangelio de Lucas, que señala, por el tipo de comunidad a la que iba dirigido, el asunto primario de la transmisión, oral, a la cual Derrida está poniendo precisamente en entredicho. Vuelvo aquí al texto de Ortega y Gasset. No se trata de racionalizar, tampoco de relativizar; no dogmatizar, pero mucho menos caer en cualquier interpretación.

Quiero regresar a lo de la comunidad. Tú mencionas este concepto como algo clave para ver si algo se puede convertir en canon o no. Estamos bien.

La comunidad cristiana primitiva considera que esos cuatro evangelios tienen su razón de estar ahí, lo cual, curiosamente, no tiene que ver tanto con la fe de esas personas o con su fe ciega en lo que dicen alguna de las cuatro escuelas narradoras: tiene que ver con la fidelidad de lo escrito a Jesús, al hombre de carne y hueso, mas no al Cristo de la fe. En este intento desmitificador de Saramago y con este criterio de la comunidad que acabamos de ver, el evangelio saramaico no está cierto ni en su crítica ni en su intento, porque las cosas no se dieron como este escritor presupone en su obra. Sucede como con la visión de los apócrifos sobre la infancia de Jesús y las palomas, etc. Estos fueron hechos que desbordaban al Jesús hombre por estar más llenos de mito que de historia, por lo cual salieron del uso de las comunidades y por lo tanto del canon. El problema es cuando queda el canon inamovible, convirtiéndose en dogma. Se lee Mateo 16, 8 y se colige que el papa es el que tiene la verdad y de ahí al dogma de la infalibilidad papal. Esto es tan peligroso como relativizar porque de ninguna de las dos formas se dinamiza el canon, dejándose a un lado la vida verdadera que tiene detrás.

Relaciono lo siguiente con esto y con lo que tocaste en las primeras páginas sobre la vuelta a los orígenes. Cullman, teólogo protestante, es el primero que empieza a apostar delante del problema del Reino, pues tenía ya en mente el problema de la persona concreta de Jesús. Cullman no entiende el Reino como algo que ya está o pueda estar definitivamente, sino que es un sí, pero todavía no. Este problema lo llevó a replantearse la pregunta de: ¿Qué dijo en verdad Jesús respecto al Reino? De ahí ya vienen todos los métodos, las exégesis, los trabajos histórico- críticos desarrollados desde aquella primera mitad de siglo. Entonces la vuelta a los orígenes es como un intento de volver a la tradición. Se trata de ser tradicional sin ser tradicionalista. Ser tradicional tiene la ventaja de empujarte hacia Jesús, para de ahí refundar el cristianismo, tomando en cuenta que el cristianismo ha tenido crisis y los cristianos, los hombres

concretos, éste y aquel, han tenido errores. He ahí la importancia de referirse al origen, a los principios, para ir refundando. No le veo ningún sentido tratar de ir a las fuentes, al pasado, al origen de Jesús, para denunciar, para despreciar y enjuiciar sin saber ni poder evitar que las cosas se queden así nada más, condenadas en un pasado muy presente. Se trata de ver allá para venir a acá e ir venciendo los obstáculos, sin que nos pase como al Fausto de Goethe. Ese intento de racionalismo, de descubrir la verdad última puede llevarnos a absolutizar el saber, cuando la cuestión tiene que ver más con la praxis que con el saber. Tal vez tiene más razón Marx que Hegel, quizá. Estamos pues tratando de combatir el racionalismo, pero también el relativismo.

¿Qué tal? ¿Cómo te quedó el ojo? Por ahí nos vemos la próxima vez. Pide a Papa Dios por mí. Hasta pronto y mucho ánimo en el último capítulo.

Joaquín Crespo G.

Una epistemología popular

No se puede decir que tales atrocidades sean de esos fenómenos pasajeros que acompañan a toda gran revolución...No, son los frutos naturales de un sistema desprovisto de todo freno interior.

(Pío XI)

Joaquín, éste es nuestro último capítulo. Entraré en seguida al tema que corresponde, agradeciendo tu pasada intervención y anticipándote que no tendrás que contestar ninguna pregunta esta vez; tienes el campo libre y, sobre todo, el uso de un espacio mayor al que habías venido ocupando en los capítulos anteriores. Gracias.

Leemos los evangelios, Joaquín, los canónicos, y surgen como por reflejo dos preguntas esenciales ¿Qué le decía esto a las personas de su tiempo y qué es lo que me dice a mí ahora? No tendría ningún sentido leer ignorando cuáles son las raíces de esas palabras y quedarse así al margen de

estas preguntas, aunque cada quien sea perfectamente libre de leer lo que más se le apetezca. Si menciono esto es porque también *El Evangelio según Jesucristo* es susceptible de leerse así, es más, deberíamos leerlo así y así lo hemos hecho, a la luz de una mirada observante hacia y desde un mundo que lo alimenta y al que critica, mundo al cual quiere responderle sus constantes porqués. De esta forma, retomando la especulación de que el evangelio saramaico es una obra en la distancia, la pregunta obligada, a la cual hemos estado dando respuesta de manera indirecta, es: ¿Qué dice esta obra de aquellos hombres y de nosotros?

Empecemos. Hay, según puedo verlo sugerido en la obra, un rescate y un abandono importantes respecto a un tema vertebral, de un tema, por así decirlo, crucial y definitivo, como lo es la lectura e interpretación que hace la humanidad de su realidad, a la cual le viste con las ropas de la intervención divina, de Dios, quien habla precisamente a través del mundo. Este es el asunto: ¿Cómo interpretamos, cómo estamos acostumbrados a interpretar la realidad? Pues pareciera que siempre está latente la sospecha de un Dios, de un para qué sucederán así las cosas. Y siempre decimos: Por algo sucedió esto o aquello. Las señales diarias, naturales o no, cobran un valor a veces fatal y a veces milagroso. Así como la novela pareciera estar nebulosa por tanto humo de sacrificio y ofrendas, así también podríamos verla como una caja de continuas señales y manifestaciones de los designios divinos.

María y José son los primeros encargados de ir como intuyendo, de ir dejándose sacudir involuntariamente por acontecimientos que son tan perfectamente posibles como definitivamente indispensables para el autor en su propósito de desnudar situaciones necias que, a lo largo de la vida y la historia, se vuelven a vestir para ser desnudadas de nuevo¹:

¹ Jose Saramago, *op. cit.* p. 56.

No vio a nadie. La cancela de la casa, al lado, estaba cerrada, igual que la dejó, pero el aire se movía como si alguien acabara de pasar por allí, corriendo, o volando, para no dejar de su paso más que una fugaz señal que otros no sabrían entender.

Mencioné, Joaquín, que había un rescate y un abandono. ¿Por qué? El rescate es porqué José Saramago se instala cómodamente en la tradición judía y nos presenta a los personajes de ese pueblo analizando los acontecimientos concretos de su historia y vida cotidianas. El Dios de Israel no era una idea que se trajera en la cabeza: Eran un pueblo de concreciones no de abstracciones²:

Se trataba, en efecto de sociedades de alta contextualización, es decir de sociedades más cerradas, dónde los resultados ordinarios, resultaban evidentes, porque todo remitía a todo, en un espacio en el que todas las connotaciones estaban presentes

J. Saramago lo sabe, quiero decir, lo más lógico es (las evidencias que nos da nos lo hacen suponer) que está perfectamente consciente del asunto y lo actualiza en su obra. Esto es evidente. El abandono, a mi entender, radica en no dar el mismo sentido que tienen esos acontecimientos en el Antiguo y Nuevo testamentos. No extraña esto, pero veamos lo que significa exactamente. Primero, cuando en las escrituras se nos narra un hecho, no importa el hecho en sí; importa su simbolismo. No quiero decir que J. Saramago arbitrariamente niegue esto (si lo negará así, tampoco sería nada extraño en él), no, lo que pretendo afirmar es que el mensaje propuesto ha pasado a segundo plano y lo que importa es el hecho en si, como si se tratara de teofanías abruptas o crudas manipulaciones que vienen de golpe a alterar el orden normal de los acontecimientos³:

Vista la cuestión desde este ángulo, digamos teogenético, puede concluirse, sin abusar de la lógica, que todo lo debe presidir en este mundo y en los otros, que el mismo Dios era quien con tanta

²Andrés Torres Q. *op. cit.* p. 23.

³José Saramago. *op. cit.* p. 149.

asiduidad incitaba y estimulaba a José para frecuentar a María, convirtiéndolo de este modo en instrumento para borrar, por compensación numérica, los remordimientos que andaba sintiendo desde que permitió, o quiso, sin preocuparse de las consecuencias, la muerte de los inocentes pequeños de Belén.

Esto me hace recordar aquello que tan bellamente dice Teilhard de Chardin de la presencia actuante e imperceptible de Dios en el universo. Lo recordé por lo contrario que parece a la cita que acabamos de leer. Tenemos que hacer notar lo ya de por sí difícil de estas consideraciones pues suponen de hecho la presencia de un dios antropomórfico inmerso en el tiempo, el cual crea las cosas un día y después va metiendo las manos *now and then*. No obstante, nos podemos imaginar la voz del autor preguntandonos: ¿Es que hay algún otro camino de darle forma a esa idea sino a través del hombre mismo? Esto es lo que pensaba el Padre Teilhard⁴:

La creación así comprendida no es una intrusión periódica de la Causa primera: Es un acto coextensivo a toda la duración del universo: Dios crea desde el origen de los tiempos, y vista desde dentro, su creación tiene la figura de una transformación. El ser participado no está puesto en la existencia por bloques que se diferencian ulteriormente gracias a una modificación no creadora: Dios insulfa en nosotros continuamente algo de nuevo ser.

En otro ensayo, el mismo padre Teilhard dice⁵:

La mano de Dios no está aquí ni allí. Agita todo el conjunto de las causas sin dejarse descubrir en parte alguna: De manera que no hay nada más parecido exteriormente a la acción del primer Motor que la de un Alma Mundo

Y como vemos claramente, J. Saramago no lo contempla así, lo ve más en esa otra línea sobre la cual se mueve la teología popular: La línea de lo espectacular. Lo discreto y lo sencillo de aquella presencia actuante de Dios quedan atrás porque se perciben desde el *otro ángulo* de las Escrituras, que siendo, de acuerdo con la tradición⁶ que haya escrito un libro o partes de un libro, poco o mucho espectacular en su presentación, son en el fondo

⁴"Sobre la noción de la transformación creadora" en Teilhard de Chardin, *op. cit.* p. 29.

⁵"Notas sobre los modos de la acción divina en el universo" en *Ibidem*, p. 33.

⁶José Croatto, *op. cit.* p. 195.

sencillas en el sentido cotidiano y vital de la palabra. El evangelio saramaico camina en el otro sendero: El de la piedad popular cristiana.

¿Y por qué ha querido J. Saramago presentarnos la vida de su J desde él mismo y con esa atmósfera densa, difícil y contradictoriamente divina? La respuesta puede ser bien simple: Porque el tipo de cosas que ahí suceden, son la pauta y la muestra de cómo se sigue comportando la masa de creyentes (a veces también los que no creen). Si no fuera así, la novela y todo su contenido nos serían perfectamente ajenos, cómicamente inútiles. Vamos, como en la siguiente cita, mirando un mundo, lo vemos a ciegas o, lo que es lo mismo, no lo vemos, pero ahí está y lo sabemos por las señales:

Desde el sitio donde se bifurcaba el camino, pocos estadios después de Jerusalén, un desvío para Bercheba, otro para Belén, era como si el mundo se hubiere recogido, doblado sobre sí mismo, pudiese el mundo ser representado por una persona, diríamos que se cubría los ojos con el manto, escuchando sólo los pasos de los viajeros, como escuchamos el canto de los pájaros que no podemos ver, ocultos entre las ramas, ellos, pero nosotros también, porque así nos estarán imaginando las aves escondidas entre el ramaje.

Así estamos imaginando a Dios, detrás de las cosas, vamos descubriendo indicios aquí y allá de esta presencia. En la misma página de la cita anterior podemos leer esta otra frase: "Permita Dios que esto no sea un agüero". Vemos pues como el evangelio saramaico se mueve en este sentido, en el sentido que rescata y abandona la tradición hebrea. Hay, por un lado, esa presencia de Dios que contemplamos de forma inmanente, al estilo del Dios de Sta. Teresa (el Dios del puchero); por otro, hay un Dios que, sin aniquilar la historia y la naturaleza, si las suple con manifestaciones que, ya lo habíamos mencionado, se contraponen a una línea teológica más seria y actual. J. Saramago afirma el mito humanizándolo, pero sin abolirlo, con lo cual el camino no se hace más descansado. El teólogo Karl Barth ha

⁷José Saramago. *op. cit.* p. 86.

intentado demostrar la tremenda vigencia del mensaje cristiano si se le desmitifica y el autor de *El evangelio según Jesucristo* lo ha mitificado aún más, queriendo quizá, como tu decías, desgastar. Estas son las palabras del teólogo⁸:

La desmitización esclarece el verdadero significado del misterio de Dios. Esta incomprendibilidad de Dios no radica en la esfera del pensamiento teórico, sino en la esfera de la existencia personal.

Veamos pues que cuando el dios de J quiere anunciar algo, el mundo parece detenerse, el orden natural se quiebra, hay una pausa, un paréntesis en la historia para ponerle el punto a la i y seguir adelante. Nótese la similitud de este pasaje con el del apócrifo de Santiago mencionado en el capítulo dedicado al canon, pasajes característicos de un dios caprichoso, mítico⁹:

El sol está en el zenit, un viento fuerte de rafagas cortas, empuja hacia el otro lado la humareda de los sacrificios, y a este lugar, un terraplán que da a las obras del hipódromo, ni siquiera llega el vocerío de los mercaderes del templo, es como si la maquina del tiempo se hubiera parado y quedase también ella a la espera de las órdenes del gran capataz de las eras y los espacios universales.

Después de verse en medio de aquello, el consciente padre de J se entera de los planes de Herodes. Más el golpe del instante anterior, nos revela nuestra propia hermenéutica o, si se quiere, nuestra epistemología mundanal. ¿No son los soldados hablando del futuro acontecimiento la versión saramaica de lo divino? Sí y es la ejemplificación de lo que el mismo autor piensa de la vida: No hay cosas más divinas que las humanas, no hay más que esto y ya. Todo lo demás son sólo cosas danzando en nuestra crédula cabeza necesitada del miserable consuelo de un Dios que, como sucede en *Esperando a Godot*, no llega a la cita con Vladimir y

⁸Karl Barth. "La concepción cristiana de la revelación" en *Antología de teólogos contemporáneos*, ed. cit. p. 42.

⁹José Saramago, *op. cit.* 117.

Estragón, es decir, no llega a la cita mortal de nuestras vidas porque simple y sencillamente no está por ningún lado.

Las cosas no quedan ahí, ni en el evangelio saramaico ni en nuestra cultura. Y es que cómo íbamos a pasar por alto el asunto de los sueños. Andamos todo el tiempo con nuestros sueños en la boca: Soñé con un demonio que me decía: "Tarde o temprano vas a ser mío". Nos decimos entonces: "¡Santo Dios, ¿qué presagio será ese?". Así lo vivimos aún en la actualidad y preguntamos: "¿Qué me habrá querido decir Dios con el sueño de la paloma" Aquí, como en otras cosas, no podemos decirle a J. Saramago que exagera, pues el mismo conoce la expresión bíblica de que en los sueños no hay firmeza, aunque nosotros arrastremos tradiciones muy dormilonas y soñadoras. No olvidemos que la madre de Sto. Domingo de Guzmán, antes de que su hijo conociera la luz de este mundo, soñó que paría un perro negro que lanzaba fuego por la boca. A la buena madre le dijeron que no se preocupara: su hijo sería un perro fiel para Dios y un predicador sin rival en contra de los herejes. Siglos atrás, otra madre comunicaba sus sueños a su propio hijo y le decía que lo miraba junto a ella. La madre era Santa Mónica y el hijo, el disipado Agustín vuelto a la fe con la cual su madre lo sacó de su vientre. Y la esposa de Pilatos, por ser pagana no es menos aleccionadora pues bien sabemos lo que manda decir a su marido horas antes de la muerte de Jesús: "No resuelvas nada contra ese justo: porque he sufrido mucho hoy, en sueños, por causa de él" (Mt. 27. 19).

El sueño de los sueños que aquí nos ocupa, es un sueño, sí, esa es su especie, mas de un género un tanto conflictivo, por no decir patológico: La pesadilla, gracias a la cual J empieza a conocer su trágico origen y destino. Este sueño, nunca estará por demás aclararlo, termina también evolucionando, lo cual es del todo comprensible, pues J estaba ya más

crecidity. más vivido. con lo cual reafirmamos la eterna transformación de la materia y sus derivados¹⁰.

Se levantó sin ruido. tomó el candil del clavo de la puerta y alzándolo por encima de la cabeza para alumbrarse mejor. paso revista a los hijos dormidos. Jesús. es él quien se agita y murmura como si estuviese luchando en una pesadilla

Ojo con lo que pasa. J. Saramago. aprovechando nuestras dudas y nuestra especulaciones. nos critica bien. no a todos. ni definitivamente. pero que cierto está al ponernos delante de la evidencia. de la evidencia que a nuestra religión se han colado muchas torpezas. más a cuál no. Lo digo así con mis palabras que si lo dijera J. Saramago con las suyas. nos deleitaría con algo como esto: La religión está absurdamente construida con torpezas o. al revés. la religión está torpemente construida con absurdos.

Los judíos. estando tan compenetrados en la vida. no podían menos que atender. representar y valerse de los sueños para comunicar la voluntad de Dios. Bien sabemos que no fueron los únicos. Esto es un asunto netamente antropológico y lo arrastramos dramáticamente hasta hoy. Los sueños son pues otra manera de interpretar el mundo. de conocerlo a él y a Dios¹¹.

Aquella misma noche el profeta Miqueas dijo lo que hasta entonces se había callado. Cuando el rey Herodes. en sus agónicos. pero ya resignados sueños. esperaba que la aparición se fuera de una vez. después de sus acostumbrados clamores. inocuos ya por la repetición. dejando en el último instante a flor de labios. una vez más. la amenaza suspensa. creció de súbito. la masa formidable y se oyeron palabras nuevas. Pero tú. Belén. tan pequeña. entre las familias de Judá. es de ti de quien ha salido ya aquel que gobernara Israel. En este preciso instante. despertó el rey.

Y la pesadilla de J. heredada de José. es el sueño de Dios. ¿Cómo iba a heredarle algo un padre que no es su padre? Estas especulaciones ya las habíamos insinuado cuando al principio nos referíamos a las posibles vetas jungianas o freudianas. dignas de ser explotadas por un estudioso

¹⁰*Ibidem.* p. 201.

¹¹*Ibidem.* p. 114.

apasionado de estos vericuetos, y cuando tocamos el asunto del responsable de tal herencia. El sueño de J es a su vez la reprobación intrínseca del mismo Dios por ser como es, por ser un monstruo cruel e inexistente. Es como si tuviéramos que leer en ello que dentro de las peculiaridades humanas hay una vocación hacia lo divino. Ésta vocación es sólo un llamado nostálgico y tenue a no dejar de ser. En sueños y en vigilia, a la manera saramaica, nuestra idea de Dios platica consigo misma, tal cual sucedió en el encuentro cuaresmal que protagonizaron dios y J: dios platico consigo mismo fuera del tiempo y de la historia, pero nada más o, mejor dicho, eso es lo único que podemos esperar: Un Dios fuera del tiempo y de la historia, es decir, una ilusión, pues nada puede haber más allá de esas realidades. ¿O sí? También pudiéramos entender e interpretar esa pesadilla como una manera de darle forma y personificación al absurdo humano, que a su vez sería culpable hasta de no haber inventado un dios a quien tildar de mórbido y sangriento titiritero.

Esta pesadilla parece decirnos algo más. Si lo expresamos en términos freudianos, el *ello* se manifiesta en los sueños y representa deseos, represiones, miedos, culpas, etc. J se hace hombre con la certeza de una culpa, que no sería tal sin el temor de un castigo, fuera esto consciente o inconscientemente. Si nada nos fuese a suceder, no habría culpa. La culpa más que un remordimiento es un temor. Adán, después de pecar, se sintió desnudo y se escondió de Dios por temor. ¿Qué importa más: Lo que hice o lo que me va a pasar por lo que hice? Nuestra primera culpa nos lleva a la incertidumbre de la muerte. Ésta es la realidad final. A esta realidad tratamos de evadirnos con todas nuestras fuerzas. ¿Qué hicimos para obtener la muerte como castigo? Aunque, como me dijo un día el Dr. Federico Álvarez, esté muy bien eso de morirse. Para no morirnos del todo inventamos a Dios, quien, por acabar con la muerte, acaba con la culpa o al revés ¿Por esta razón no resucita J? Todo es posible. Si no resucitó es porque no hubo remedio. El antimesías no se libró de la culpa de haber

venido al mundo: si no nace, entonces sí, santo remedio. Esto, por supuesto, es también para nosotros. La culpa de J apunta hacia un futuro que debe ser exorcizado. Este futuro es el infierno, el *castigo* eterno. He aquí cómo la culpa de la profana familia denuncia no sólo el dolor sino la amenaza del dolor, lo cual es doblemente terrible. Este es el cristianismo que leemos en la obra saramaica: es también nuestro cristianismo actual, religión que, no conforme con sacrificar a sus santos, sacrifica, por siempre, a sus pecadores, por siempre. Una religión del capataz, del supremo castigador. ¿No son estos motivos suficientes para volver a gritar: ¡Crucifícale, crucifícale!/? Esto dice Bertrand Russell en su ensayo *¿Por que no soy cristiano?*¹²:

Luego se llega a las cuestiones morales. Para mí, hay un defecto muy serio en el carácter moral de Cristo, y es que creía en el infierno. Yo no creo que ninguna persona profundamente humana pueda creer en un castigo eterno. Cristo, tal como lo pintan los Evangelios, si creía en el castigo eterno, y uno halla repetidamente una furia vengativa contra los que no escuchaban sus sermones actitud que dista mucho de la excelencia superlativa.

¿Dónde quedaría pues el Dios misericordioso si hasta llegó a insultar a los escribas y fariseos con aquello de raza de víboras, si (esto lo digo yo) llamó zorro a Herodes? No sé si debió haber dicho: "A ver fariseos ya por favor no sean tan picarones o ve y dile al buen Herodes..." No. Eso es lo que espera el mundo de y en el cristianismo, una miserable falta de energía, una total vulnerabilidad, una religión de indefensos, de dejados. Esta es sin duda, la religión favorita del sistema: "Tú cristiano tienes por compromiso amar, ser manso, así es que no te rebeles, porque te puedes condenar. Dios es todo amor: ama pues". Entre este Dios y el dios de J la única diferencia es la mayúscula. En cuanto a lo de la culpa y lo del infierno, lo que no logro entender es cómo forzar a alguien a recibir las primicias de aquella novia aborrecida. Eso sólo lo haría la enfermiza mentalidad de un violador y quien tiene a la novia es el novio. Lo que tampoco entiendo es como una

¹²Bertrand Russel. "Por que no soy cristiano" en *Antología* de. Introd. Luis Villoro. Selec. de Fernando Navarro. México, Siglo XXI, 1971, p.84.

persona profundamente humana pueda llegar en vida a despreciar a la novia, pueda, aunque lo pida el capataz, sacrificar a su oveja perdida. No lo entiendo.

No obstante, todas estas quejas ocultas o declaradas tienen detrás de sí su agente causal, quien será el que felizmente, algún día acabe con ellas. Lo dice Jacques Maritan¹³ en el mismo libro donde habla de la inocencia de Dios:

Dos factores han contribuido especialmente a agudizar el problema del mal y ello bajo la influencia, precisamente, del cristianismo. El primero es que la conciencia del hombre se ha ido haciendo cada vez más sensible a la dignidad de la persona humana y a los ultrajes que le infiere el mal. El segundo factor es que el hombre ha ido descubriendo, junto con esa su dignidad y cada vez con más claridad, las dimensiones del mal, de la injusticia, de la crueldad.

Joaquín, tienes ya el espacio libre para tus comentarios. He concluido aquí este nuestro último capítulo. Tu intervención cerrará mi trabajo de titulación. Hasta siempre, mi muy querido Joaquín. Y gracias, amigo, muchas gracias. Te quiero.

Miguel Rubio Osornio

¹³ Jaques Maritan. *op. cit.* p. 21.

Amigo mio:

Te agradezco el haberme dejado en la libertad de decir o de comentar mis impresiones sobre tus palabras y; obviamente, sobre la novela de Saramago, aunque el haber planteado alguna pregunta no estaba de más. Deseo que esta última intervención mía, como todas las demás, te sirva bien para tus propósitos. A su vez y con mayor razón, deseo de todo corazón que siempre experimentes no sólo alegría, sino la propia alegría de Dios en tu vida y no olvides que tu verdadera dignidad te es conferida por el amor que nuestro Papa Dios ha depositado en ti. Dios te ama y eso nadie, nunca, va a poder impedirlo, afortunadamente, ni tú mismo. Esa dignidad nuestra no depende de nada, sino de que Dios es bueno. He ahí tu valor: Ser sujeto y objeto de ese amor por ser Él bueno, por ser tú su hijo. Ánimo, mucho ánimo siempre.

La reflexión tuya de este capítulo me hizo pensar que en Saramago hay una lectura muy consciente de los acontecimientos, en el sentido del castigo, tortura, participación en la muerte, etc., pero, al mismo tiempo,

pasa por alto que en la práctica hay un despertar muy fuerte de energías y de iniciativas, de recursos que nos hablan de resurrección en cualquier suceso humano, del evangelio como vida, no como esa mueca amarga que ha plasmado en su novela.

Veo, en nuestro propio contexto, una causa histórica. España fue reevangelizada después de haber caído en el arrianismo, sobre todo por monjes irlandeses. Estos monjes insistieron demasiado en el aspecto de la penitencia para poder ser purificados de nuestros pecados y así evitar un castigo de Dios. Tenían que estar insistiendo mucho en la divinidad de Jesús, pues esto era lo que los arrianos habían puesto en duda. Esto se refleja en la evangelización que se lleva a cabo aquí en Hispanoamérica, la cual fue llevada a cabo de forma muy significativa por franciscanos, quienes seguían las ideas milenaristas del fin del mundo, etc. Al entrar a este otro mundo, donde veían tantos ídolos, se horrorizan con los sacrificios, encontrándose también con la reacción de los indígenas caídos y enfrentando borracheras, homosexualidad, agresividad, entre otras. Al ver esto, piensan que están en el reino del demonio, quien ha aprisionado a estos pueblos, motivo por el cual es necesario rescatarlos. Hay así desde aquellas primeras evangelizaciones una sombra muy oscura y muy grande de purificación y penitencia arraigados en el cristianismo latino. Es así, en buena parte (la religión indígena también cooperó), como se empieza a dar esa tendencia hacia el Dios-no defensor, al Dios de los altos designios, al Dios de la retribución. Un ejemplo claro de hacia donde se fue todo esto es A. Yáñez en *Al filo del Agua*. Ahí están las mujeres de negro y un cristianismo que en el fondo refleja a un Dios que murió.

¿Por qué parece debilitarse el catolicismo? ¿Por qué se le van las personas? El testimonio de ciertos cristianos y de todos los demás cuenta mucho. No hemos sabido inyectar al Cristo vida, al Cristo amigo y vivo. Nuestra cultura, por su parte, no es partidaria de compromisos serios. Ya lo

dijiste estamos en el reino de la corta duración. Buscamos lo inmediato, somos muy superficiales y nos cuesta trabajo profundizar. En lugar de una opción firme, tomamos un poco de aquí y de allá, haciéndonos una vida a la carta: Sectas, brujería, experiencias carismáticas, supuestos milagros, esoterismos, cultura, salud, bienestar rápido, lo que sea. Si todo va junto en un paquete económico mejor. Necesitamos los cristianos ser muy, muy creativos. No esta errado convencerse de que *El evangelio según Jesucristo* está también dentro de una situación de cambio radical, filosófico, social, cultural, pero por otro lado sumamente camaleónico y efectivamente desenfrenado. En lo religioso, la generación de ahora ha nacido condicionada por eso. Los cambios han sido más rápidos que nuestra capacidad de respuesta e improvisación; no nos estamos adaptando como debiésemos, aunque el fenómeno no es exclusivo del cristianismo. En otras latitudes espirituales, luteranos, budistas, hindús, todos estan padeciendo de un abandono muy significativo. La crisis es humana en todos los sentidos. Debe hacerse hincapié en que esta manifestación de ahora es el resultado exterior de algo que ya había pasado en el interior. Nadie es verdadero católico, estadísticamente digno, por ir cada ocho días a misa. Estamos pues siendo testigos de una redefinición de creencias, donde encuentra acomodo esta visión saramaica.

Aunado a lo anterior, no se puede ignorar que históricamente somos pueblos muy golpeados. El último golpe, del cual Saramago y muchos más con él están sumamente conscientes, es el de las políticas económicas neoliberales, injustísimas, sobre nuestros países, políticas con las cuales muchos de estos intelectuales identifican también las posturas e intereses de la alta jerarquía romana, haciendo de la Iglesia toda un ente extremadamente acomodaticio. Lo anterior, así como otras razones que ya se han tocado, justifican a muchos hombres de cultura a atacar sin tregua al cristianismo, porque un Dios que en verdad fuera Dios no permitiría ese tipo de cosas. Desde esta lógica, la cruz de Jesús, por darse dentro de una

dimensión tanto divina como humana, corre muchos riesgos. Saramago pasa por ahí al querer "entender" a esa idea suya de lo divino siempre desde la perspectiva de "lo poderoso" y no como "lo pisoteado".

Ahora bien, ¿qué me desagrada de todo este rollito? Me desagrada que las personas se hagan daño con este falso Dios que en lugar de ser atacado eficazmente, en este caso por la literatura, acaba también siendo reforzado negativamente en todas esas mentes marcadas por un sentido acrítico muy serio. Si me desagrada el daño espiritual, e invisible en apariencia. Con experiencias así terminan uno por afianzar más los sentimientos de culpa, por hundirse en su propio yo. Si ya había un súper yo muy fuerte desde la infancia, se contribuye más a disminuir las potencias de esas personas.

No sé hasta qué punto hablar de burla, miseria o vulgaridad, no en el sentido grosero de la palabra, sino en cuanto a la irreflexibilidad que por supuesto tiene el evangelio saramaico, muy banalizante de por sí en su intento latente de querer poner las cosas por completo en horizontal. Al leer, si hay cierta limitación, porque, sin ser un experto en literatura, uno se da cuenta de inmediato cómo van las cosas y cómo van a continuar. Llega uno hasta el extremo del sin sentido en la lectura. No tengo, sin embargo, nada en contra de nadie. Entiendo que eso es literatura. Nada se tiene en contra de Saramago. He leído otras cosas de él como *El ensayo sobre la ceguera* y me gustó. Veo que tiene ciertas percepciones de la sociedad y de la cultura actual con las que coincido, pero en ese punto, sobre el que tú me preguntas, punto bien definido a lo largo de estos capítulos, claro que voy a tener diferencias, pues eso me define primero como hombre y luego como todo lo demás. Es imposible dialogar con una persona que desde el principio empieza descalificando toda capacidad y toda posibilidad de una experiencia de fe concreta en la historia de todos, por lo cual tu intención de no descalificar desde el inicio a Saramago, aun sin dejar a un lado tu sarcasmo, me ha parecido la más adecuada. No te llevaría a ningún lado

insultar nada más porque esa es tu fe. Repito: Como literatura, como narrativa, haciendo momentáneamente a un lado aquello del "mal metafísico" de Miguel de Unamuno, me parece extraordinaria, mas fue muy difícil (no hay por qué no decirlo) el poder mantenerme interesado por el desenvolvimiento de la historia, ya que, para mi, esta interpretación racionalizante, banalizante, de la vida de Jesús no me da alientos, no me inspira. Y Como persona, no sé si se trata de que me lastime, pero si llega a repugnar una interpretación tan frívola de la fe. En toda persona hay un sentido de vivir, o debe haberlo, por el cual uno haga algo, lo que sea. En el caso de cualquier creyente, no digamos de un sacerdote, sino de cualquier creyente, la persona de Jesús tiene una importancia inmensurable en esto del sentido de vivir. En mi caso, yo no encuentro sentido a nada de lo que estoy haciendo, actividades que a veces me cuesta mucho trabajo llevar a cabo, si no es porque Jesús es lo que es. Si tú me presentas un J viviendo y muriendo involuntariamente dentro de situaciones antihumanas, el interés, todo se pierde y no únicamente en su dimensión literaria. Esa persona, esa concreta persona tiene un sentido muy especial, único en mi, siendo tal mi relación que no he podido eludir ciertos sentimientos, lo cual es perfectamente comprensible. Esta desmitificación no es nada positiva por su intencionada banalidad, que persigue dejar a Jesús perdido en su unidimensionalidad, la cual parece más bien un abismo cayendo sobre Él y que termina por aplanarlo como en un comic. ¿Tenemos que deleitarnos con algo así? Si es un intento de hacer comprensible el misterio, no es una vía muy prometedora: Para mí, el misterio no es problema, aunque, si lo es para alguien, no es necesario aplanar hasta ese punto. Realmente no se necesita llegar a tanto, pero como no tenemos una fuente consistente donde broten criterios estéticos sólidos, ahora nos conformamos con lo puramente sublime.

Yo no sé quien exactamente, pero alguien en el Vaticano, algún representante, el vocero, alguien así, condenó la novela por ser blasfema.

De esto Saramago obviamente se rió y se seguirá riendo. ¡Qué le va a interesar ese calificativo! Yo no entraría a calificarlo en esa línea. Primero, me centró en el rollo de mis fibras más sensibles, profundas, aplanadas y deshechas junto con la persona de Jesús. No me importa si es blasfemo o hereje y estoy seguro que a ti tampoco te importa. ¿eso qué?: me importa que me deje sin nada, sin esperanza. Eso no.

Voy a terminar, Miguel, con esta reflexión: Saramago ha abusado de esta faceta aparente de Dios o de esta faceta de la creencia en Él, quien más bien tiene la faceta de estar del lado de los pequeños. Como lo dice J.Sobrino, es el Dios siempre menor, no obstante tenga también la faceta de San Ignacio, quien lo ve como al Dios siempre mayor. Decir esto significa que yo nunca podré entenderlo a fondo. Siempre quedará un velo de misterio ahí y por más que yo me ayude de Jesús para decir que es Padre, de San Juan para decir que es amor o de J para decir como el no es, siempre quedará ese velo. Lo importante es que ese Dios no nos haga daño, por nuestros prejuicios, ni en nuestra propia persona ni en la persona de otros. No se valdría, por ejemplo, que alguien creyendo en un Dios bonachón, Padre de todos los hombres, haga daño con el pretexto de que Dios lo perdona todo. Es un poco lo que dice Pablo al final de Gálatas: No tomen como pretexto la libertad, para hacer sus tarugadas, no. Somos libres porque creemos en Jesús, pero eso no nos autoriza para destruir a los demás. Si Cristo no nos da esa venia, ¿por qué la habría de dar otro hombre o institución humana en nombre de lo que fuera? San Agustín lo relee siglos después cuando nos dice que Amemos y hagamos lo que se nos pegue la gana. Amor y libertad no tienen que estar peleados. En nuestra cultura normalmente están peleados. Vemos personas que por amar mucho afectan la libertad; son posesivas. Y al revés, personas muy libres que no saben amar: son indiferentes, egocéntricas en el sentido opuesto. La invitación de Jesús es a no tomar en extremo ni como pretexto la libertad que nos da la fe o la no fe en Él para hacer barbaridades. Desde este ángulo, el Jesús de Saramago es

muy, muy insignificante: su apuesta está muy cerca de ser exclusivamente por una libertad nihilista.

Vatimo, uno de los posmodernos más importantes, en su libro *Creer que se cree*, explica cómo se dio su distanciamiento del las círculos cristianos, como los curas no le entendieron su rollo del homosexualismo y, sobre todo, termina diciendo que el cree en un Dios misericordia, concibiendo la caridad como principio y límite último de todos los actos del hombre. Identifica, a su vez, el problema del pecado con la expresión italiana: *Che peccato*. ¡Qué pena! Estuvo mal lo hecho, pero ¡qué pena! Esto del límite último está muy bien porque si está en el fondo el planteamiento del respeto y la no destrucción del otro. Digo esto porque tiene mucha relación, primero, con lo de amor y libertad que comentaba arriba, después, con lo el perspectivismo de Ortega que efectivamente tiene ciertas ventajas en nuestros días, sobre todo en contra de una postura tan racionalista por un lado, como relativista por el otro. Tu perspectiva y mi perspectiva van construyendo juntos la verdad. Quizá no lleguemos a los términos habermasianos, pero estaremos construyendo una verdad en comunidad, en comunidad amplia, siempre abierta hacia delante.

Miguel, se acabó el viaje. Ánimo. Quiero ver todo esto en orden y terminado muy pronto, por favor. Gracias por tu confianza y gracias a todos aquellos que leerán este trabajo. Hasta siempre Miguel y si necesitas algo, llámame y hacemos una cita. Te quiere:

Joaquín Crespo Garduño.

Bibliografía:

- Saramago, José. *El evangelio según Jesucristo*. Trad. de Basilio Losada. México, Ed. Alfaguara, 1998. 514 pp.
- Agustín, San. *La ciudad de Dios*. 2ª. ed. Introd. de Francisco Montes de Oca. México. Ed. Porrúa, 1970. 625 pp.
- Amor y mundo en Obras de Joaquín Xirau*. Facultad de Filosofía y Letras. México. UNAM-DGP, 1963. 433 pp.
- Antología de teólogos contemporáneos*. Introd. y selec. de John Bowden. Trad. de José Luis Lana. Barcelona, Kairos, 1970. 217 pp.
- Antología. Bertrand Russell*. Introd. Luis Villoro. Selec. de Fernando Navarro. México. Siglo XXI, 1971. 486 pp.
- Biblia de Jerusalén*. Edición española. Dir. José Ángel Ubieta. Bilbao, DDB, 1975. 1836 pp.
- Boff, Leonardo. *Jesucristo el Liberador*. 5ª. ed. Bilbao, Sal Terrae, 2000. 275 pp.
- Cesar Vallejo. *Poesías completas*. México, Juan Pablos, 1971. 344 pp.
- Chardin, Teilhard de. *Como yo creo*. Prol. de N. M. Widens. Trad. de Francisco Pérez. Madrid, Taurus, 1973. 274 pp.
- Charpentier, E. *Para leer el nuevo testamento*. 16ª. ed. Navarra, Estella: Verbo Divino, 1998. 172 pp.
- Cioran, E. M. *La tentación de existir*. Versión al español de Fernando Savater. Madrid, Taurus, 1979. 206 pp.
- Croatto, José. *Historia de la salvación*. México, Ed. Paulinas, 1974. 486 pp.
- Deyfrus, Francois. *Sabia Jesús que era Dios*. Trad. Jorge López Moctezuma. México, UIA, 1987. 125pp
- Evangelios Apócrifos*. Introd. y notas de Carlos Zesati E. Trad. de Edmundo González. México, CONACULTA, 1995. 716 pp. (Cien del Mundo)
- Galarza, Eliana. "Un caballero seductor" en *Día Siete*, suplemento semanal de *El Universal*. Dir. Jorge Zepeda Petterson. Año I, núm. 34, s/f. México, El despertador, 2001. pp. 16-18.
- Kafka, Franz. *El proceso*. México, EMU, 1999. 280 pp.

- Kazantzakis, Nikos. *La última tentación*. 5ª. ed. Trad. Roberto Bixio. Madrid. Ed. Debate, 2001. p. 253.
- Kundera, Milan. "La desprestigiada herencia de Cervantes" en *El arte de la novela*. Trad. de Fernando de Valenzuela. Barcelona. Ed. Tusquets. 1987. 171 pp.
- Mailer, Norman. *El evangelio según el hijo*. 2ª. ed. Trad. de Rolando Costa. Buenos Aires. Emece, 1977. p. 34.
- Maritan, Jaques. *...Y Dios permite el mal*. Madrid. Ed. Guadarrama, 1963. 146 pp.
- Poesías y cartas. Lautremont*. Trad. y prol. de Luis Justo. Buenos Aires. Marymar. 1977. 84 pp. (Clásicos Marymar)
- Renan, Ernest. *Vida de Jesús*. Barcelona, Maucci, s/f. 317 pp.
- Sicre, José Luis. *El cuadrante. La búsqueda. Introducción a los evangelios*. Navarra. Estella: Verbo Divino 1998. 301 pp.
- Sobrino, Jon. *Cristología desde América Latina*. 2ª. ed. México. CRT. 1977. 370 pp. (Teología Latinoamericana I)
- Torres, Andrés Q. *Confesar hoy a Jesús como el Cristo*. Bilbao. Sal Terrae, 1994. 56 pp. (Fe y Secularidad)
- Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona. Ed. Altaya, 1998. 295 pp.
- Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. México. FCE. 1955. 411 pp. (Breviarios 103)